This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

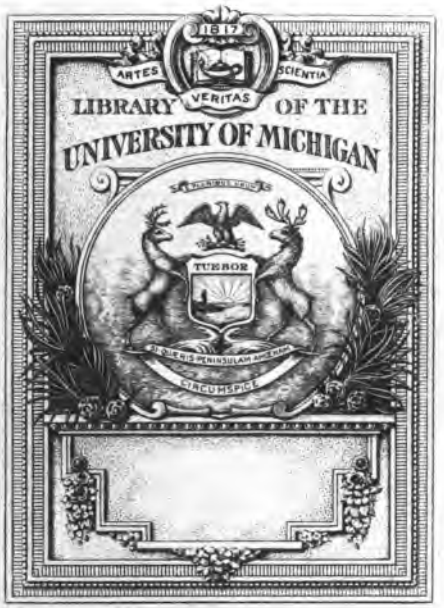
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464590
888
G377MU

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS



THE GIFT OF

Philip E. Bursley

A la notable primera actriz
Dª Concepcion Itvanez,
recuerdo afectuoso de su
buen amigo y admirador

A. Sellés

LA MUJER DE LOTH

La Mujer de Lot

Eugenio Sellés

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

La Femme de Loth

Eugenie Selles

ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN

THE GIFT OF

A la notable primera actriz
Dª Concepcion Itvanez,
recuerdo afectuoso de su
buen amigo y admirador

A. Sellés

LA MUJER DE LOTH

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación ó del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Gerona, Eugenio Sellés Angel de G
marqués de.

LA MUJER DE LOTH

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUGENIO SELLÉS

Teatro Español.—15 de Diciembre de 1902.

MADRID
IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.
1903

PRÓLOGO

Un mal día de los últimos años del último siglo, contemplando cómo la vanidad histórica nos llevaba á la perdición, de igual manera que el potentado venido á menos se arruina por el prurito de sostener su boato, desperté con el propósito de escribir contra la historia; entiéndase bien, contra la historia considerada como sistema de gobernación de pueblos y de individuos: contra la pesadumbre que lo pasado carga sobre la masa social, especie de filtración de lo enterrado, que es en lo espiritual lo que las emanaciones miasmáticas de los cementerios donde se respiran átomos de la muerte para contagio y aniquilamiento de los vivos.

Absurda vinculación hereditaria que, transmitiendo el mal ó el bien por la ley de la inercia moral, estanca y petrifica la civilización de ciertas razas.

Caso ejemplar de ese atavismo es nuestra España, prolongación de los siglos viejos metida en el siglo XX, gótica portada que ha quedado en la punta meridional de Europa, como en el frontón de casa nueva se deja el escudo de la antigua para memoria de lo que fué.

Y entonces la ocasión era oportuna para tal estudio.

Bandas de salvajes africanos nos habían encerrado en

las fortificaciones de Melilla, dando fin á nuestra fama de matamoros. La guerra ardía en Cuba; y á pesar de la lección reciente, seguíamos rezando á la historia y confiando en los sistemas históricos para regir y conservar las colonias.

En vez de decir toda la verdad funesta, se engañaba á la nación con triunfos ilusorios y esperanzas fingidas. En vez de abrir la mano para atraer, se la apretaba en el puño del sable, asestando golpes en vago, que no rendían al enemigo y encendían su odio y su desesperación. En vez de reconocer algún derecho, atropellábamos hasta el de humanidad. En vez de admitir mediaciones, pacíficas á la sazón, nos colocamos en trance de una intervención armada.

Amenazó la guerra internacional. Una guerra á la moderna, dirigida por entendimientos á la antigua. Un calesín de los días de Goya disputando el paso á la irresistible locomotora. Allí estaba la prole directa de nuestro padre Don Quijote desafiando á los leones con una espadilla herrumbrosa.

¡Todo muy noble, pero muy loco!

Ministros candorosos que no creían en la guerra y por ello la dejaron llegar; gobiernos ignorantes ó pérfidos porque, ó desconocían nuestra impotencia, ó, conociéndola, nos llevaban fríamente á la muerte; burletas al poder militar y marítimo del adversario; turbas de chiquillos atronando las calles; banderas de percalina; himnos zarzuelescos de género chico elevados á himno nacional; fanfarronadas de los que, á ser valerosos en el campo, preferían parecerlo en el café; y sobre todo esto, y como para anublar la vista, el humo de San Quintín, Pavía, Otumba y Bailén, subido á la cabeza de España, nos empujaron á la empresa de mentecatez en cuyo término se veía clara y segura la ruina sin la gloria.

Y sobrevino la guerra, y sobrevino el rápido desastre, llevándose, con ilusiones bien idas, realidades no bien lloradas, ni aun despedidas con exequias decorosas. A lo menos ha debido de sacrificarse en las honras fúnebres aquello que nos ha sacrificado, y es el arcaísmo español. La voz pública lo nombra con voluntad para culparlo, pero sin decisión para extinguirlo: un asomo de justicia sin emplazamiento para el día presente. El bamboleo de la casa ha despertado á los más dormidos, mostrándoles la urgencia de reconstruirla con materiales mejores.

Pero como, por efecto de la neurosis meridional, España vive siempre dando saltos y sacudidas, acontécele que desde la exaltación patriótica ha pasado á la depresión comatosa igualmente aciaga para su vida.

Aturdida aún por el cañoneo; sin fe en sus fuerzas; menospreciada por su deshonra anterior, y pretendida deshonestamente por los que, fiando en su ruín estado, creen que ha de entregarse sin resistencia, se siente pequeña é incapacitada para su regeneración. A la España voluntariosa ha sucedido la España sin voluntad.

***

Y recordado todo esto, queda á las claras el sentido alegórico de La Mujer de Loth, hoy más aplicable y acomodado á estas circunstancias que á las del tiempo en que el drama se estrenó.

Ascensión personifica la España nueva, que por la instrucción, el trabajo y el amor ha de refrescar lo seco y rejuvenecer lo envejecido.

Por eso es institutriz, obrera intelectual y á veces mecánica, y mujer que ama. Quiere ascender á estados sociales superiores, se siente enamorada de lo grande y de

lo noble con impulsos fervientes, pero con medios mezquinos. Su corazón va á lo alto y su cabeza al suelo. También mira hacia atrás: la sombra del deshonor y de las vergüenzas anteriores la envuelve con sus proyecciones negras.

Se siente sin fe y sin esperanzas, empujada fatalmente á la perdición. Los obstáculos la acobardan en lugar de enardecerla. No puede emanciparse de la bajeza originaria y juzga por pretensión lógica que su amante la solicite para manceba y no para esposa.

Sólo se yergue cuando ve que todas aquellas armaduras amenazadoras están desocupadas, y que todos aquellos fantasmas históricos, venerados y temidos, fueron carne y hueso, con pasiones, pecados y vicios iguales á los de las estirpes plebeyas.

La familia de los marqueses, á la cual no queda otro patrimonio que sus castillos desalmenados y sus lorigas alineadas en guisa de combate en el salón, personifica la vida arcaica que todavía nos rige. La España dormida indolentemente en su historia, acostada en sus leyendas, con el fanatismo devoto por religión, el deporte por trabajo, el militarismo por ejército, la Providencia por esperanza, la lectura de romances por instrucción, la guapeza por honor y la violencia por derecho; sociedad que, con el fusil en el gobierno, la pistola ó la espada en el señorío y la navaja en la plebe, lleva todo á sangre y fuego, gobernando por la fuerza en el pensar, el sentir y el querer; en las conciencias, en los corazones y en las voluntades.

Y así como la voluntad, apaga los cerebros con la ignorancia, como lo hace el General trazando á sus nietos el plan de enseñanza antigua, que crea seres supersticiosos, hipócritas, cretinos irresistentes al oleaje de la vida: *ad servitutem paratos.*

Sociedad que, enamorada de lo vetusto, conlleva sus achaques con melancolías de mujer desposada con un viejo.

Por todo ello, está representada por un General aristócrata: la fuerza y la tradición juntas en una persona.

Isabel y Jaime, vástagos más debilitados de aquel tronco, simbolizan el estado actual, el tránsito de lo viejo á lo nuevo, que al fin ha de consumarse. Se consumará pacíficamente, como en el amor de Jaime y Ascensión, si no hay resistencias; si las hay, se consumará violentamente, como en el amor contrariado de Isabel y Pedro. Representan lo irresoluto y vacilante del tránsito. Desean y no se atreven. Comprenden la injusticia de las preocupaciones históricas, que mata su felicidad; sienten el impulso amoroso de lo nuevo, y no saben todavía desechar lo caduco.

Ramiro y Fadrique, los nietecillos del General, ya se burlan de las antiguallas de su linaje. Educados á la moderna por Ascensión, formarán las generaciones de lo porvenir.

Pedro representa el espíritu revolucionario, seguro de su victoria, fuerte en su derecho, decidido á luchar por él. Reclama lo que le pertenece por conquista de su amor y de su trabajo. Si no lo consigue por buenas, asaltará el castillo. Entrará por sorpresa, si no le echan el puente levadizo para facilitarle el paso.

Y también tienen su significado alegórico el lugar y el medio en que los personajes se mueven. Esos hombres con levita y esas damas con sombreros franceses, andando por estancias decoradas á la antigua, que son marco propio para la ropilla y el tontillo, señalan el anacronismo de nuestra España.

Y esa profusión de cascos y lanzones, los maniquís vestidos de acero, las mesas cargadas de armas, no están en

escena por puro adorno y afición á las antigüedades, sino denotando la afición á la fuerza y la consagración de la violencia.

***

Estas personificaciones de ideas contrarias, sentimientos vivos, estados sociales, deseos jóvenes, memorias rancias, métodos de vida y de educación, forman en batalla y chocan y se desenvuelven en la acción de LA MUJER DE LOTH, tejida sobre la trama de una pasión amorosa, que es como la llamarada que ha de calentar y cocer esas substancias, para que todo ello no resulte disertación fría ni conferencia dialogada. Bastante maciza es ya, por su naturaleza, toda obra de ideas, para que sufra además la parálisis total de movimiento dramático.

No se trata, pues, como alguien puede pensar, del desacreditado cuento infantil de principito enamorado de la niña humilde, quienes al fin se casan por intervención del hada protectora.

Se trata del casamiento alegórico que ha de consumarse por amor, echándose el alma vieja en brazos de la nueva, para conjurar el peligro del rapto revolucionario.

No se trata tampoco del conflicto entre distintas clases de la sociedad, ni de una acusación contra la aristocrática. Ese conflicto no existe en España, que en puntillos del trato social ha sido prácticamente democrática en los últimos siglos. Casi nunca se han repelido ni odiado la aristocracia y el pueblo.

Juntos han guerreado; juntos han galanteado; juntos han toreado: juntos siempre en esas tres manifestaciones típicas de la vida española.

Y precisamente la aristocracia es la clase más transformada.

Quizá los antojos de la moda, felices en este caso, la han acercado á lo extranjero, llevándola á imitar algo más serio que el corte del vestido, y es el corte del espíritu de las aristocracias inglesa y francesa metidas en el movimiento de la existencia común.

Exceptuados los enjambres obreros de los grandes núcleos industriales, donde se advierte consolador progreso de cultura y de educación, lo demás del pueblo, así el de las ciudades con sus chulos y chulas y su hampa truhanesca, como el de los campos con sus trabajadores cerrados al pensamiento é indiferentes á las cosas públicas, sigue siendo el mismo tradicional pueblo de manolos y manolas y de colonos y braceros inconscientes, que parecen expatriados en su patria por lo poco ó nada que les interesa ésta donde son habitantes, pero no ciudadanos.

La llamada clase media, aparte de la ambiciosa comezón de oro y de lujo con que ha barnizado su modesto porte, continúa siendo la misma en el fondo: la legión del estudio y de la oficina. De sus filas han salido siempre la substancia y el nervio de la sociedad.

Y así como antes proveía los consejos y los justicias con sus golillas, y la administración con sus covachuelistas, y las ciencias, las letras y las artes con sus doctores, licenciados y maestros, provee ahora de hombres públicos, científicos, literatos y artistas.

Clase media y clase baja, bien que mejor vestidas y tratadas, siguen, pues, en sus puestos respectivos: la baja trabajando con sus músculos, y la media enseñando con su cerebro lo que la baja no quiere aprender.

Pero ¿quién reconoce en el aristócrata de hoy al aristócrata de ayer? ¿Al gran señor, desdeñoso del trabajo, incluso el intelectual, como impropio de su rango; despreciador de toda renta que no procediese de la propiedad inmueble ó de la mano muerta; derrochador de sus cau-

dales, sin cuidados de su cuenta ni administración; bienhallado y hasta arrogante con su ignorancia; retraído, con escasas excepciones, de la vida política; reputando por innobles los oficios públicos, si no eran el palatino, el militar ó el diplomático; viviendo en altivo apartamiento de todo lo que no fuera ocio, recreo, cacería, fiesta ó procesión?

La aristocracia actual, atento el oído á la hora en que vive, va entrando en las universidades, en los parlamentos, en la burocracia, en la industria, en el comercio. Pone junto al coto de caza el establecimiento agrícola; y no es raro ver cómo se desnuda del manto de las Ordenes para cambiarlo por el chaquetón del labrador, y cómo se desciñe el espadín para empuñar la pluma con que suma y resta el balance de sus negocios mercantiles.

Trabaja en bien suyo y en bien del país como las otras jerarquías, y no por ello se le han caído sus veneras, antes al contrario, las ha reforzado con el respeto y la simpatía de los demás.

¿Que estima y luce sus títulos y ejecutorias? Es verdad, y hace bien. Con ello se complace, y á nadie perjudica. A moro muerto, gran lanzada; á eso equivaldría el embestir á deshora contra preeminencias que, si fueron mucho, son hoy puramente honorarias y decorativas.

Yerran, por tanto, los que, mirando al caso particular y á la cara externa del drama, han visto en él incitación á discordias hoy apagadas y contraposiciones de castas; tema que, sobre no tener realidad viviente, está ya fuera de moda y de justicia, de sazón y de razón, agotado y abolido en las leyes y en las costumbres, en el buen gusto y en el arte[1].

---

1 —No me ha convencido usted—me decía á propósito de LA MUJER DE LOTH una amiga mía tan inteligente como susceptible en cuanto puede tocar á su noble clase.—No me convence el prólogo publicado por vía de ex-

Si pretendiera tocar á guerra de clases, mayor y más oportuna materia me darían los rencores palpitantes entre el capital y el trabajo, oponiendo á la familia popular la familia capitalista.

¿Por qué, pues, oponerle una aristocrática?

Porque ella, con sus apellidos y recuerdos, representa la tradición, la historia de España, lo que fué imperio de la fuerza: lo pasado contra lo futuro. No personifica aquí una clase: personifica una idea, un sistema social.

La Mujer de Loth va solamente contra él. Pero puede vivirse, y la gran parte de la aristocracia vive en el día y á la usanza de hoy llevando nombres de hace ocho siglos.

Puede España moverse á compás de los tiempos presentes sin borrar sus títulos gloriosos de los tiempos pasados. Lo que no puede ni debe hacer es dormirse al arrullo de

---

plicación de la obra. Si no va contra la aristocracia, ¿por qué pone usted en nuestra Isabel la debilidad de fugarse con su novio, mientras pone la virtud de la resistencia en la institutriz Ascensión? ¿Por qué ha de ser Jaime quien descienda á solicitar la mano de una hija de radie, y ésta sea quien se la niegue altaneramente hasta después de recibir cumplida satisfacción á su decoro? Es muy fácil hacer odiosas ó simpáticas á las clases sociales, cargando sobre unas todos los defectos y sobre otras todas las perfecciones. Pero eso no es argumentar imparcialmente ni de buena fe.

—Dice usted mucha verdad, marquesa, y condeno también esa premeditación y alevosía, de resultados tan fáciles como seguros. Pero advierto con pena que no ha leído usted atentamente el prólogo: de otra manera, no procede esa observación. Ni se aflija usted ni tenga cuidado por Isabel: es un mero símbolo y no sufrirá detrimento en su pureza carnal con su fuga. Quiere significar que si la España vieja no transige en desposarse con la nueva, la revolución le robará sus hijos, atropellando todo violentamente.

—Bien: mas para los que no entendemos de símbolos, sino de lo que está á la vista, resultará siempre que la aristócrata es mala y la otra es buena. Y ahí está la parcialidad.

—Pues aun así no hay parcialidad. La institutriz es buena porque la de-

su historia sobre sus escudos de castillos y leones, imaginando que han de valerle contra los cañones modernos. Se despertaría para oir su responso.

En resumen. La Mujer de Loth apunta contra tres principales enemigos de España. Es uno el arcaísmo nacional en el pensamiento y en la vida. Otro la fuerza, instrumento histórico de gobierno, que resurge en el mundo y convierte en bandoleros augustos á emperadores y reyes, y en armadores de piratería á los estados poderosos. Y este nuestro, que fué también poderoso y violento, está muy obligado á abominar de la brutalidad, porque ha experimentado sus atropelladoras injusticias. Ni puede admirarla en los extraños ni quererla en su propia casa.

Y es el tercer enemigo el abatimiento desesperanzado que nos deja morir de inanición.

Hay que decir á España: "Si por mirar á lo pasado te

---

jan serlo. No se escapa con el amante. ¿Para qué ni de qué ha de escaparse quien anda libre y suelta por el mundo? Y en cuanto á Isabel, no se va de su casa por malas inclinaciones nativas; la echan, como ella misma dice. Dejáranla llamar á su amor por la puerta principal, y no lo buscaría por la falsa.

—De todas maneras la educación impide ciertos extravíos.

—Las pasiones no tienen educación. Si se dejaran reglamentar, no serían pasiones.

—Reconozca usted que las mujeres corrompidas no suelen salir de las altas clases, porque son muy sensibles al descrédito.

—Lo reconozco, y reconozco también que la necesidad pervierte más que la mala inclinación. No hay nada tan corruptor como subordinar el interés amoroso á los intereses sociales, y sacar el corazón de su asiento natural para trasmudarlo al estómago ó á la cabeza: dislocación moral muy peligrosa y de segura gangrena. Amando á Jaime, Isabel hubiera sido una excelente esposa y llevado con perfecta dignidad sus coronas nobiliarias. Pero el corazón no soporta otras coronas sino las que él escoge á su medida.

—El teatro exagera siempre. El arte cree que es verdad lo que sueña.

—Repase usted sucesos no lejanos y verá cómo todo eso es vivo y efec-

paras, si por la vejez de tus procederes perdiste tu poderío, anda, anda adelante para reconstituirte con aires sanos de juventud. Arroja de ti todo lo que te estorbe para caminar: tus memorias buenas y malas, las preocupaciones de tu educación monacal, que amputa tu cabeza y tu corazón. No te acuerdes de la deshonra que sobre ti echaron los que te precedieron. La vida no se regula por las horas transcurridas. Instrúyete en vez de recordar, trabaja en vez de esperar, piensa en vez de soñar. Entrega sin recelo tus hijos á la vida nueva.

El alma vieja tiene que desposarse con ella: cruzamiento espiritual que regenerará la raza enfermiza y decadente.

***

Esta necesidad vista y proclamada ahora por la mayoría

---

tivo. ¿Educación? ¿Se puede dar más exquisita y pulcra que la de las castas supremas? Pues no hace muchos años—y hablaré de estos casos por ser notorios y publicados en toda Europa—una princesa se fugó con un violinista húngaro. Otra princesa—y ésta de estirpe regia y representante del puritanismo tradicionalista—se fugó con un pintor italiano; y en estos días, como hecho adrede para convencer á usted y justificarme á mí, otra princesa de prosapia imperial ha huído con un preceptor de origen indudablemente español.

Por lo que hace al casamiento desigual de nuestro Jaime, también tenemos á la mano testimonios fehacientes. Un príncipe, hermano de la princesa últimamente citada, acaba de renunciar á sus títulos y jerarquía para casarse con una mujer de quien se dice que á su baja ralea junta una bajísima reputación.

No es el único príncipe que en estos tiempos ha sentido la democracia del corazón.

Y los títulos históricos de la aristocracia británica se están uniendo á toda prisa con las descendientes de sus antiguos colonos norteamericanos. Me contestará usted que esas nuevas Ascensiones son riquísimas. Pues peor para esos lores, si en vez de rendir sus coronas al amor las venden al oro plebeyo. Conque vea usted, amiga mía, cómo debe convencerse de la sinceridad y de la realidad de mi obra.

de los españoles, era, antes del desastre nacional, previsión de los pocos que lo sentían venir de cerca.

Estrenóse el primitivo drama La Mujer de Loth el 24 de Enero de 1896.

El público, sin percibir el símbolo, vió sólo el gastado conflicto de castas: precisamente lo que yo no quería que viese.

No cabía dudar de que estaba expuesto sin la precisa claridad.

En el arte simbólico, el artista es sólo un mediador entre el símbolo y el público. Su obra es un lente que interpone para que la imagen llegue á los ojos del espectador. Si la imagen no llega, no se culpe á los ojos, cúlpese al cristal: está turbio. Por eso lo he aclarado ahora refundiéndolo y reconstruyendo la obra. En el teatro sucede lo que en la religión: no bastan las intenciones para salvarse; hay que patentizarlas con actos eficaces. Y soy tan dócil á la razón para enmendar errores de la forma, cuanto tenaz para mantener la esencia y los propósitos de lo que escribo.

En esa parte fundamental he ido siempre derechamente adonde me lleva la conciencia, con absoluto descuido del éxito, y algunas veces á sabiendas y con absoluta seguridad del fracaso. Pero, francamente, me agrada más que el aplauso, el placer de explorar caminos peligrosos y abrir brecha en las preocupaciones del público. Es permitido hacer nuestro gusto siempre que se haga á costa propia.

Testifique mi comedia *Las Vengadoras*. Iban contra la corriente de los que se asustan de la palabra y no del hecho.

Fueron rechazadas sin faltar ni una sola de las protestas é indignaciones previstas en mi programa. Volvieron al teatro con distinta ropa exterior. Las reformé — se objetará — luego fuí arrepentido en busca del éxito. No; ya lo dije entonces: "En que sea mala como obra de arte,

convengo, por eso la reformo; en que sea mala como obra de moral, disiento: por eso la mantengo." Y no abandoné la tesis: al contrario, la ayudé para hacerla viable amparada de otra estructura teatral.

Cosa semejante ocurre con LA MUJER DE LOTH. Sé bien que el drama cerebral, desabrido y seco de suyo, madurará tardíamente fuera de las regiones septentrionales. Y sé también que disgusta infaliblemente al paladar público quien le dé frutos acedos todavía por falta de madurez. Pero una obra como ésta, destinada á pedir á España ideas en lugar de historias, no podía ser. sin traición á la lógica y á la ingenuidad, sino obra de ideas.

¿Es lógico decir al auditorio que piense en vez de soñar, y decírselo soñando con enredos recreativos?

¿Es sincero llamarle á la vida de la inteligencia y de la verdad con sonatas de la lira pasional ó con engaños de aparato escénico?

¿Es lícito renegar de las preocupaciones de una educación hipócrita y renegar con tapujos de concepto y disfraces de palabras?

Reconozco que en LA MUJER DE LOTH pasan y suenan cosas que han molestado escrúpulos respetables. Lo deploro; pero no está inventado todavía el arte de descubrir caidas de la honestidad ocultándolas, ni exponer invacilaciones del decoro omitiéndolas.

El escritor honrado debe de ser el primer convencido y el primer ejecutor de lo que aconseja y escribe, sin transacciones con el miedo ni pactos secretos con la intolerancia que nuestro público reserva patrióticamente para las comedias españolas.

Me ufano con ir algo adelante en la busca de la sinceridad teatral, aunque vaya á sacrificio cierto.

Pero estamos obligados á colaborar en la faena de reconstituir y fortalecer el cerebro español, cada cual desde

su puesto y desde el campo que cultive. Los hombres de ciencia—y esos de modo principalísimo—con la pedagogía y la escuela. Los hombres de letras, con la literatura de ideas. Los hombres públicos, con la política de ideas para expulsar la de intriga, pasiones ó personas. Y cuando haya pensamiento en la Nación habrá gobiernos de pensamiento, y cuando haya pueblo sano, los poderes tendrán que ser sanos ó serán barridos.

Lo largo y peligroso de la conquista no es razón para abandonarla. Si no empezamos no llegaremos.

Si las vanguardias no se dejan matar, las filas siguientes nunca entrarán por la brecha.

No puede ser predicador quien no sepa ser mártir cuando lleguen las horas de prueba. Y por mi parte tengo descontadas la derrota y la soledad con sus rigurosas consecuencias.

EUGENIO SELLÉS.

La Mujer de Loth.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ASCENSIÓN (20 años)	Sra. Guerrero.
ISABEL (21 años)	Srta. Valdivia.
SANDALIA (42 años)	„ Cancio.
LA CONDESA (50 años)	Sra. Segura.
JAIME (23 años)	Sr. Díaz de Mendoza.
EL GENERAL (70 años)	„ Cirera.
PEDRO (28 años)	„ Soriano Viosca.
RAMIRO (10 años)	Srta. Blanco.
FADRIQUE (8 años)	„ Coy.
EL CAPELLÁN (60 años)	Sr. Urquijo.
EL MAYORDOMO (60 años)	„ Ruiz Tatay.
CRIADO 1.º (30 años)	„ Juste.
CRIADO 2.º (30 años)	„ Villalonga.

ÉPOCA PRESENTE

Derecha é izquierda, la del actor.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Comedor de una casa señorial. Techo de madera formado por vigas. En el centro una mesa puesta para la comida. A su alrededor grandes sitiales de cuero. En la habitación aparadores, sillones, una alta chimenea de nogal ó de piedra tallada. A la izquierda, en primer término, una gran ventana. En el foro un rompimiento ancho, que deja ver un claustro ó galería practicable, que constituye el fondo de la escena. La galería está cerrada por vidrieras de colores, donde están pintados los escudos nobiliarios de la familia. En la galería, y á la vista del público, panoplias, vargueños y vitrinas. Todo rico y lujoso y con carácter marcado de antigüedad, aunque de diferentes épocas y gustos, como es propio de las casas aristocráticas constituídas por varias generaciones, cada una de las cuales ha ido dejando su obra y su recuerdo, conservados respetuosamente por los sucesores. Horas: entre una y dos de la tarde.

En los teatros donde no sea posible presentar la escena con la exactitud y propiedad debidas, se le dará á lo menos el imprescindible carácter de la antigua vida española, como corresponde al de los personajes y al espíritu del drama.

ESCENA I

El Mayordomo.—Dos Criados. Al levantarse el telón aparecen en la galería del foro, como entrando en la escena. Traen armas antiguas, como una coraza, un casco, espadas, etc. Un Criado deja caer un arma al colocarla sobre un sillón.

Mayordomo.—(Reprendiendo al criado.) ¡Por los clavos de Cristo! Estas cosas no se manejan así.

Criado 1.º—¡Buena la hacíamos si se rompiese alguna pieza.

CRIADO 2.º—Ni que fueran personas de carne y hueso.

MAY. Como que son la primera persona de la familia, los fundadores del linaje. Setenta años ha que estábamos esperándoles.

CRI. 2.º Habrán venido solos, para tardar tanto tiempo.

MAY. Han estado en depósito judicial. Pertenecieron al mayorazgo de la familia: un tío del padre del señor. El tío, digo, el señor tío, murió sin hijos y sin testamento. Los sobrinos se echaron encima de la herencia. Como eran señores muy cristianos, muy nobles y muy desinteresados, transigieron fácilmente respecto de los intereses y se los repartieron en santa paz. Pero llegó la adjudicación de estas armas y de un castillo viejo y casi destruído y ¡aquí fué Troya! Las dos ramas los pretendían porque el castillo era el solar de la familia; y las armaduras eran las del fundador del señorío. Y se enzarzaron en un pleito en días de nuestro señor el Rey Don Fernando VII. Entre informaciones por acá, pruebas por allá, apelaciones, incidentes y recursos, ha durado el pleito, de padres á hijos, tres generaciones y cinco reinados.

CRI. 2.º Pues si el castillo no vale más que esto.....

MAY. Menos, en dinero sonante. Pero no se peleaba por el huevo, sino por el fuero. Porque esta transacción hace á los señores cabeza de la familia en todas sus ramas y líneas. Irá usted estimando estas cosas según se vaya haciendo viejo en la casa, ya que ha tenido la suerte de entrar á servir en ella sin título ni tradición. Sabe usted que se le ha admitido sólo porque se van muriendo los criados antiguos.

CRI. 2.º Eso suele sucederles.

MAY. Porque en estas casas hasta los criados somos de linaje.

CRI. 2.º Linaje de criados.

MAY. Sirvo por tradición: he nacido en la casa de los señores Marqueses. Mi madre fué doncella de la señora Generala, mi padre ayuda de cámara del Sr. General. (Suena lejos una campana que da tres toques pausados).

CRI. 2.º Entran en casa los niños.

MAY. Los niños, no.

CRI. 2.º Pues esas son las campanadas que les corresponden.

MAY. Sí; pero no son niños. Sepa usted dónde está. En la casa, el primogénito, que es el señorito D. Jaime, lleva por costumbre antigua el título de vizconde; y los dos menores, que usted llama niños, son condes desde el fallecimiento de su padre, que estuvo casado con la hija mayor del Sr. General. No olvide estas advertencias que le hago como mayordomo. Hay que entrar en el trato y en los tratamientos: es cuestión muy importante.

CRI. 2.º Descuide usted.

CRI. 1.º El señor General.

(Este diálogo se habrá dicho mientras los criados colocan con esmero las armas sobre los sillones. Naturalmente se han hecho las paradas necesarias para dar tiempo al diálogo.)

ESCENA II

DICHOS.—El GENERAL por la izquierda de la galería. Los CRIADOS al verlo inclinan respetuosamente los cuerpos y permanecen en esa actitud mientras están en presencia del GENERAL. Este se dirige á las armas que han traído los criados.

GENERAL.—¿Habéis dejado en el salón las otras armas?

MAY. Aquí han venido solamente las que se han de colocar en esa galería.

GENER. (Mirando las armas.) ¿Las habéis traído con cuidado?

MAY. Señor, con todo respeto. Los señores Condecitos han vuelto á casa.

GENER. Pueden entrar.

MAY. (Al Criado primero.) Diga al señor Capellán que el señor General llama á los señores Condecitos.

GENER. Y á todos los señores de la casa. Vengan aquí. (El criado hace una profunda reverencia y se va por el foro izquierda.) Voy á enseñarles las armas: las cautivas, como se llamaban en la familia; las rescatadas después de setenta años de cautiverio. Vuelvan á su casa solariega, y abrácense con sus hermanas en las panoplias de donde nunca debieron de salir. Esta misma noche dormirán enlazadas sobre esos viejos escudos, lecho digno de las nobles compañeras del soldado.

MAY. ¿Quiére vuecencia que le ayude á colocarlas?

GENER. Lo haré yo. El buen hijo debe levantar por sus propias manos al abuelo rendido por los años. (El mayordomo y el otro criado se van por la izquierda.)

ESCENA III

El GENERAL.—El CAPELLÁN.—RAMIRO,—FADRIQUE, por la derecha de la galería. Se dirigen y besan la mano al General, diciendo á la vez:

RAMIRO.—Buenas tardes.

FADRIQUE. ¿Cómo ha pasado usted el día?

GENER. Bien. Y vosotros, ¿qué habéis hecho hoy?

RAM. Lo de siempre.

GENER. Muy bien. Hay que hacer siempre lo que siempre se ha hecho. Os lo tengo dicho. Hoy como ayer, mañana como hoy. Así se continúan las tradiciones.

CAP. Y se conservan las buenas costumbres.

GENER. ¿De modo que no ha sucedido nada extraordinario?

CAP. Por la mañana les dije su misa.

RAM. Y yo le ayudé.

CAP. En nuestra capilla de la iglesia mayor.

GENER. En el panteón de la casa, en presencia de nuestros antepasados. Así se toma gusto y respeto á las glorias de la familia y se vivifica su espíritu: comunicándose y hablando diariamente con sus héroes inmortales.

FAD. ¿Inmortales? Pues ¿cómo se han muerto?

RAM. No seas tonto. Porque la muerte será más inmortal que ellos.

FAD. Y más valiente, porque no pueden con ella.

RAM. Al revés; muy cobarde. Sólo se atreve con los viejecitos ó con los muy enfermos.

GENER. ¿Y habéis montado á caballo?

FAD. Una hora.

CAP. Sin perjuicio del estudio, porque después les he tenido dos horas con la aritmética.

GENER. ¿Una hora á caballo y dos de aritmética? Hágase lo contrario: no van á ser comerciantes, sino caballeros.

RAM. Y otras dos horas de gramática española y francesa; nos las enseña la señorita Ascensión.

CAP. Las lenguas vivas corresponden á la institutriz.

GENER. ¡Institutrices! Capricho de la moda, con la cual transijo de mala gana. En mi tiempo los hombres eran educados por hombres. Así resultan ellos ahora. Mujeres con barbas. ¿Y con tanto estudio estaréis muy adelantados?

RAM. Siempre sé la primera lección.

GENER. ¿Y no has pasado á la segunda?

RAM. Estudié la primera, y al día siguiente volví á estudiarla, y así todos, sin pasar adelante.

GENER. ¿Pues no la sabes ya?

RAM. De corrido. Pero como usted dice que hay que hacer siempre lo de siempre, ¡no salimos de ahí!

GENER. No importa mucho. Padre preceptor, lo dicho: cambie usted las horas. La infancia necesita de ejercicio. No les enseñe mucha ciencia.

CAP. Esté tranquilo. No será mucha la que aprendan de este humilde Capellán.

RAM. Si hacemos mucho ejercicio; todas las tardes jugamos con los hijos del jardinero.

GENER. Mal hecho. No son vuestros iguales.

RAM. Sí son iguales; tienen nuestra edad.

CAP. La naturaleza es democrática; hay que dispensarla.

GENER. Pues la naturaleza está equivocada. ¿Y á qué jugáis?

FAD. A lo de siempre; á las guerras, á pelearnos.

RAM. Y yo me encorajino mucho y le doy siempre un cachete al hijo mayor del jardinero.

GENER. ¡Bravo! La buena sangre. ¿Y él te dará otro siempre?

RAM. No; él ha adelantado; hoy me ha dado tres. Se conoce que su padre no le encarga eso de la tradición.

GENER. ¡Vaya un valiente!

RAM. No es miedo; es que el jardinero tiene más fuerza que yo.

GENER. ¡Qué vergüenza! ¡El décimosegundo Conde de Peñafuerte! Más gimnasia, fuerza, fuerza y fuerza. Esa es la superioridad positiva del hombre; el freno de la sociedad; la base de los gobiernos.

RAM. (Aparte á Fadrique). Chico, pues el jardinerito es un gobernante de primera fuerza.

GENER. Ea; venid acá, muñecos. Ahora mismo va á empezar el ejercicio. Dame esa daga. (Ramiro toma una de entre las armas traídas anteriormente.) Esos guanteletes. ¡Hermosas piezas de escamas articuladas! ¡Buenos puños los que iban dentro! (Ramiro coge los guanteletes y los sostiene con dificultad visible. El General, al advertirlo, le dice): Parece que te pesan. Pues te pesa tu apellido. Con ellos se fundó la grandeza de nuestra casa, y el fundador nos los dejó para ejemplo y honra de ella.

RAM. ¿Y por qué no nos dejó dentro sus buenos puños?

GENER. A fe que el dueño de esos guanteletes no mataba moros por la persuasión ni con la gramática. Dadme esa maza, si podéis con ella.

RAM. (A su hermano y al Capellán). Ayudémonos para poder. (Le dan entre los tres la maza. El General, al recogerla, se dobla y hace un movimiento como si no pudiera sostenerla). ¡Parece que ahora le pesa á usted!

GENER. Lo que me pesa es el brazo.

RAM. Va siendo ya arma antigua.

GENER. Pues aun siéndolo, con sus setenta años de edad mis brazos tienen más poder que los de construcción moderna á los treinta años. Hoy se hace todo á máquina, de prisa, como de contrata, ¡hasta los hombres! Almas de cántaro, manos de cera, muchos nervios por dentro, cuatro pelos en la cara, para salir del paso, y ¡á vivir poco y mal! Antes nos criaban á fuego y martillo, hierro forjado, sangre y músculos. ¡Aquellos eran hombres! Descendencia legítima de esos hércules de acero que sustentaron en sus hombros la gloria y la tierra de España. (Coge una espada y la mira con deleite.) ¡El arma nacional! Los milaneses nos ganaban en la fabricación de las armaduras defensivas: los fran-

ceses de Montauban en el temple de los cascos; pero nadie nos ganó en la fabricación de las espadas. ¿Sabeis por qué? Los españoles cuidábamos más de herir el cuerpo enemigo que de guardar el nuestro. Por eso hacíamos buenas espadas y los extranjeros tenían que hacerse buenas corazas. (Con admiración por la espada.) ¡La espada española! ¡El símbolo de la sociedad noble! Representa el combate á la antigua usanza, cara á cara, cuerpo á cuerpo, el valor personal y la fuerza de los puños; la sangre á la vista, el enemigo á la mano, el miedo lejos, la imprecación en la boca y el estruendo por todas partes. La pólvora ha matado la gloria y mutilado el valor. ¡Qué diferencia entre aquellas y estas guerras teatrales de ahora, preparadas como una comedia con plan y comparsas que se mueven á compás! (Con burla y desprecio.) El General metido en alojamiento cómodo y delante de la carta geográfica, como el apuntador en la concha con el libro ante los ojos. Las tropas y hasta los caballos en coches del ferrocarril. ¡Vaya una resistencia! El cálculo de la distancia y la rapidez para llegar antes á un punto del plano. ¡Vaya una heroicidad! El enemigo donde no se le ve ni oye; los cañones disparando á 20 kilómetros y los fusiles á 3.000 metros. La pólvora sin ruido y sin humo lanzando balas mudas é invisibles como la traición, que nos traen la muerte sin saber de dónde viene; ¡vaya una nobleza! Los focos eléctricos iluminando el terreno; ¡vaya un peligro! Los Oficiales sabiendo más que los Generales; ¡vaya una disciplina!.... Y por fin, los periodistas dirigiendo las operaciones con la pluma; ¡vaya una humillación! Que les fueran con estas cosas á nuestros antepasados cuando

conquistaron media Europa y media América. ¡No fué así como la ganaron!

RAM. ¡Qué bonito! Y ahora cuéntenos ¿cómo las perdieron?

ESCENA IV

DICHOS.—La CONDESA.—JAIME, que vienen juntos por la galería.

CONDESA.—(al General) ¿Para qué nos llamas?

GENER. (Con alegría). Para daros la gran sorpresa. (Señalando á las armas.) Las cautivas al fin llegaron.

JAIME. ¡Y pensar que por esto han estado pleiteando y reñidas tres generaciones de nuestra familia!

COND. Y hubieramos seguido así tres siglos.

GENER. Tú y yo, que estimamos más estas memorias, recibámoslas solemnemente en representación de las dos ramas.

COND. Júntense para siempre en el hogar de nuestros hijos las corazas y los corazones.

La Condesa y el General se entretienen examinando las armas. Ramiro y Fadrique también tienen entre las manos un casco. Fadrique le levanta la visera, y dejándole abierta la boca lo acerca á la cara de Ramiro como haciéndole miedo y le dice:

FADR. ¡Ay, que te muerde!

RAM. Eso no muerde ya. ¿Le tienes miedo?

FADR. Como el abuelito dice que tiene dentro tantas cosas.....

RAM. (Bajo y con confianza.) No hagas caso. Oye, pero en secreto. He tocado aquella armadura del salón obscuro, la que nos daba tanto horror: la del primer Marqués, á quien dicen que llamaban el espanto de los turcos.

FADR. Y de los chiquillos, ¡porque mira que es fea! ¿No

es la que tiene por casco una cabeza de león con la boca abierta?

RAM. Esa. Pues ayer vi que tía Isabel se acercaba muy callandito á ella y le metía la mano en la boca.

FADR. ¿Y no sacaba un mordisco?

RAM. No, sacaba un papel. Y vi que después Pedro, el pintor, se acercaba también y metía la mano y sacaba otro papel.

FADR. Vamos, como el cesto de los papeles viejos.

RAM. Como soy curioso y el león no mordía, me subí en una silla y miré, y por fin metí la mano y toqué todo, y ni dientes ni mandíbulas: no tiene nada dentro.

FADR. ¿Hueca?

RAM. Completamente hueca.

FADR. ¿Y no te dió miedo?

RAM. Al principio, sí; pero después lo que me dió fué tal rabia por haber tenido miedo, que..... harté de cachetes al espanto de los turcos, y se los aguantó sin menear una manopla.

COND. Pero ¿qué hace Isabel que no viene y la he llamado? (Á los niños.) Ramirito, Fadrique, tomaos el trabajo de traerla; está en el oratorio.

RAM. Con mucho gusto (Aparte á Fadrique). Porque así nos libraremos por un rato del padre preceptor.

GENER. Pero volved en seguida. Si á la primera campanada no estáis aquí, os quedáis sin comer.

FADR. Yo no tengo hambre.

GENER. No importa.

RAM. (Ap. á Fadrique). Hay que tener hambre cuando la campana lo manda.

FADR. Á llamar á la tía.

RAM. Y luego al salón. Vamos á pegarle dos cachetes al espanto de los turcos.

GENER. (Á los niños cuando van saliendo.) Y ya lo sabéis: puntualidad.

(Los niños se van por la galería.)

(Á la Condesa.) Verás cómo acuden al toque de la campana, como los soldados al toque de la corneta.

COND. Lo he observado en los meses que llevo en tu casa, primo mío.

GENER. Este es el buen régimen, el antiguo: aplicado á los chicos y á los grandes. Y si lo quebrantara éste, (Por Jaime.) con ser mi heredero, se quedaría sin comer como los niños.

JAIME. Y ya me he quedado alguna vez.

GENER. Mientras haya jefe en la casa, todos son niños en ella.

COND. De otro modo no hay familia.

GENER. Como mientras hay gobierno todos son niños en el Estado. De otro modo no hay sociedad. (A la Condesa). Y no sé por qué consientes que tu hija no venga al primer aviso.

JAIME. Tardará todo lo que pueda. Parece que evita nuestra compañía. Es algo reservada,..... algo,..... ¿lo diré?, altanera. Se da tono hasta con nosotros.

COND. ¡Por Dios! Eso no. Sí que es seria, por carácter, y corta porque no ha salido al mundo hasta el año pasado, y recogida porque conserva aún las costumbres del convento donde se ha educado. Y á eso la inclino, porque así corresponde á su clase y á su familia.

ESCENA V

DICHOS.—ISABEL.

CONDESA. Hija mía, ya era tiempo de venir.

ISABEL. Perdóneme usted. Cuando estoy en el oratorio pierdo la medida del tiempo.

GENER. Pero tómalo sin exageración. Estás pálida y débil. Tanto encierro y tanta sombra dañan á la frescura de la juventud.

ISABEL. No me encuentro mejor en ninguna parte. Parece que en aquel apartamiento solitario, en aquella semiobscuridad misteriosa, recibe el alma consuelos supremos. Inflamaciones de un amor lejano.

COND. Pero hoy no te has dejado ver hasta ahora, y desde ayer no te he dado un beso.

ISABEL. Tómalo. (Besa á la Condesa).

(La colocación de las figuras es la siguiente: A la izquierda Isabel y Jaime; á la derecha, la Condesa y el General; en el fondo, el Capellán leyendo su breviario).

JAIME. (A Isabel). Primita, buena encerrona.

ISABEL. Cuatro horas en mi cuarto y dos en el oratorio.

JAIME. Todo el día.

ISABEL. Como siempre. (Con sequedad, como quien habla á la fuerza.)

JAIME. ¿Y qué puedes hacer tanto tiempo á solas?

ISABEL. Leer,..... como siempre.

JAIME. Vamos, aburrirte,..... como siempre.

ISABEL. A ratos.

JAIME. Como este.

ISABEL. Pero, primo: ¿me crees intratable?

JAIME. Intratable..... cuando no quieres tratar. Te he conocido en estos dos meses lo bastante para defi-

nirte con exactitud. Eres como el hilo telegráfico: montado en la altura de los postes, lleva la palabra de estación á estación siempre por encima, pero si toca en el suelo se le va la electricidad y enmudece, se incomunica. Tú eres muy otra por dentro: viva, fogosa. Pero al poner los pies en esta tierra se te escapa la electricidad y no hablas, te apagas.

ISABEL. Algún día conocerás todo el acierto de la comparación. Efectivamente, hay diálogos aéreos.

JAIME. Y para no cortarlos tienes que aislarte.

(Isabel y Jaime siguen hablando en voz baja.)

COND. (Aparte al General y mirando al grupo de Isabel y Jaime, los cuales, dichas sus últimas frases, se van al balcón de la izquierda.) Parece que nuestros hijos se entienden.

GENER. Cuando hay testigos. La cortesía habla desahogadamente en sociedad; el verdadero amor habla únicamente á solas. Y me da el corazón que tu hija no ve con gusto nuestros planes.

COND. ¡Estaría bonito que una muñeca desbaratara esta transacción de un pleito, basada en el casamiento de las dos ramas contendientes!

GENER. Te digo que está muy esquiva y, francamente, no me hace gracia, porque Jaime, sobre ser mi heredero, es un guapo mozo.

COND. Aunque le ame, no lo dirá. Isabel es seca, difícil por carácter y educación. Está criada en nuestro antiguo régimen matrimonial, en que el futuro no debía de enterarse del amor de su prometida sino al recibir las bendiciones.

GENER. Recuerdo á mi María de las Nieves: me enteré de que la quería cuando se murió. Y ella, como se murió antes, no pudo enterarse de que me quería.

(Siguen hablando bajo; Jaime se acerca á Isabel, que está junto al balcón mirando hacia adentro, y le dice):

JAIME. Prima; ¿esperas algo? Miras mucho al parque.

ISABEL. No espero nada, desgraciadamente.

JAIME. Pedro viene hoy á comer con nosotros.

ISABEL. Y creo que ya tarda. (Jaime la mira con intención: Isabel, temiendo que sea descubierto su pensamiento, lo rectifica diciendo): Ayer prometió al tío venir temprano para examinar esas antigüedades. Y tú ¿buscas algo?

JAIME. Ciertamente: el aire libre que viene de esos campos.

ISABEL. En esta ventana se respira á gusto.

JAIME. Parecemos dos cautivos que desde lo alto del torreón esperan á sus salvadores.

ISABEL. Los salvadores están muy lejos.

JAIME. Mira á la entrada del parque.

ISABEL. Veo dos personas.

JAIME. Yo veo á Ascensión.

ISABEL. Y yo á Pedro.

JAIME. Ya entran en la calle de álamos.

COND. Por cierto que me disgusta ese acompañamiento constante, que da á la institutriz un mal tono impropio de la dignidad de esta casa. La niña es resuelta y despreocupada.

JAIME. No tiene por qué temer. La inocencia es valerosa. Sólo la maldad es precavida. El alma angelical tiene las alas abiertas, porque no conoce el peligro de volar. No le preocupa lo que no debe de preocuparle: las fórmulas rancias. Ejemplar de la raza nueva, para representarla en todo, hasta viene de la nueva España: nació en los cañaverales cubanos, y se ha criado al aire libre del mundo y en las penalidades de la vida real. Su cara no es careta de su espíritu, sino la puerta de él. Si le pusiérais en ella la mano para ofenderla, os la llenaría de lágrimas, pero no de engaños.

ISABEL. ¡Cuánto me place oirte hablar así!

JAIME. ¿Por qué? ¿Opinas como yo?

ISABEL. El por qué lo sabrás más tarde, pero á tiempo.

COND. ¡Chist! ¡Chist! Aquí está.

ISABEL. } GENER } ¡Chist! ¡Chist!

ESCENA VI

DICHOS.—ASCENSIÓN y PEDRO, por la derecha de la galería.

ASCEN. ¿He interrumpido la conversación? Me dolería.

ISABEL. (Acercándose á Ascensión y dándole la mano.) ¡Querida Ascensión!

ASCEN. (Le da la mano y dice después para sí como sorprendida por el extremo de cariño). ¡Qué cariñosa! (Isabel da después la mano á Pedro, el cual, dejando suelta á Ascensión, que iba de su brazo, se aparta con Isabel. Entonces Ascensión comprende que se ha acercado por Pedro y dice). ¡Ah! (A Jaime que se habrá acercado á ella) ¿He interrumpido? (Señal de negación en Jaime). Lo sé. Usted me inspira confianza absoluta para decírselo. He percibido un ¡chist! prolongado. ¡Chist! (Marcándolo mucho, imitando un chasquido). El chirrido del ascua cuando cae en agua fría.

JAIME. (Con intimidad sincera). Ha descrito usted su entrada.

ASCEN. ¿Lo ve usted?

JAIME. Pero no por lo que sospecha. Usted es la luz, el calor..... esto la sombra, la frialdad.

ASCEN. Pues no haya miedo de que los abrase. En último caso, no arde el agua: se apaga el ascua.

JAIME. Hoy se ha retrasado usted más que otras veces.

ASCEN. Con permiso previo: cada semana tengo tres horas de asueto para visitar á mi madre.

JAIME. Es una queja de amigo.

ASCEN. Y he corrido bien para llegar antes.

PEDRO. La culpa de la tardanza es mía. Ascensión y su madre se han entretenido con mi hermana.

GENER. (A Pedro.) Venga acá, gran artista. Admire usted estas joyas. (Por las armas.)

PEDRO. Hermosos ejemplares; pero de joyas tienen poco.

GENER. Puro siglo XV.

PEDRO. Bien lo dice lo tosco de la construcción.

GENER. Son de verdadero combate, del tiempo en que se mataban moros en España. Y para matar moros, no se necesitaban muchos dibujos.

PEDRO. Efectivamente; el lujo progresivo de las armas va señalando la decadencia de su empleo. Después de esas armas prácticas, vienen las cinceladas con primor; arma de vista, de torneo, ¿quién se atreve á estropear su delicado niel en los choques del combate? Y más tarde llega el finísimo espadín de corte, que ni pincha ni corta. El juguete de la guerra.

COND. Pues todavía ha llegado otra arma peor, la de este siglo. La espada de oro, denotando que la fuerza está en el dinero.

PEDRO. También metal. Deseemos que pase toda fuerza que salga de debajo de la tierra y pidamos que prevalezca la que viene de arriba.

COND. Conforme: la de Dios.

PEDRO. Sí, la que sólo da Dios: la fuerza mental.

COND. (A Isabel.) Hija mía, no escuches esto. Vuelve al oratorio á pedir al cielo que perdone estas blasfemias.

GENER. Estas gentes de talento son insoportables. Creen que no hay más en el mundo.

COND. Y en resumen, nos dan la razón á los privilegiados. Porque tan privilegio es la inteligencia como el nacimiento. (La Condesa é Isabel se van por la galería.)

DRO. (Al General.) Si me da usted permiso, veré las otras armas, las del salón.

NER. No deseo otra cosa. (Vánse el General y Pedro por la galería.)

CEN. (Al advertir que se han ido alejando todos.) Se han ido todos. Esto es advertirme discretamente que cada uno debe estar en su puesto. Voy al mío, al cuarto de estudio.

ME. ¿Desagrada á usted que nos dejen solos?

CEN. Aquí todo me parece bien y todos son buenos: buenos hasta sin querer. Porque pensando hacer un desaire, hacen un servicio.

ME. Desaire, no; puesto que yo soy de la familia y me quedo á su lado.

CEN. Siempre hay almas caritativas. Pero ya ve usted lo que ganan; las dejan solas.

ME. Perdónelos.

CEN. Se lo agradezco; ese es el servicio.

ME. Pues juntaremos nuestras dos soledades, y..... ya no hay soledad.

CEN. ¡Buenas matemáticas! Una y una, ninguna.

ME. Pues ahí verá usted.

CEN. Sí que lo voy viendo. Yo, por lo menos, me siento ahora más acompañada que con toda su familia. Sin agraviarla.

ME. Me sucede lo mismo.

CEN. Pues que nos vengan ahora con matemáticas.

ME. Hallo en usted y en su compañía algo desconocido, que contrasta con las tristezas solemnes en que vivimos. Veo vehemencias juveniles, luces indianas, alegrías tropicales: un mundo joven.

CEN. Algo salvaje, con franqueza. Pues, hijo, me parece usted un Colón descubriendo el nuevo mundo.

ME. Pues lo raro es que todo eso me resulta conocido,

casi natural; tan mío, que tratándola de poco tiempo acá, siento con usted una intimidad, una confianza, como si la hubiera tratado desde niña.

ASCEN. Porque yo soy así: franca, llanota, clara; no tengo mucho que estudiar. Á los cinco minutos se me conoce como si se me hubiera visto toda la vida. Además, somos amigos antiguos, muy antiguos.

JAIME. De un año.

ASCEN. ¿Sólo un año? Está usted equivocado. Algo más.

JAIME. Un año y tres días. No se me olvida; nos conocimos.....

ASCEN. El 9 de Junio pasado.

JAIME. Á las seis de la tarde.

ASCEN. Exactamente. Conque eche usted la cuenta.

JAIME. Por cierto que me pareció usted una maravilla.

ASCEN. Pues usted me pareció..... Ahora ya puedo decírselo.

JAIME. ¿Qué?

ASCEN. Un tonto; pero ya he cambiado de opinión.

JAIME. Al fin mujer. Pues yo no he cambiado.

ASCEN. ¡Testarudo!

JAIME. Tonto, y ¿por qué?

ASCEN. Nos miraba con un aire de superioridad desdeñosa. No me asusta: me ha sucedido muchas veces y no me ha preocupado. Aquella vez sí que me dolió. Y estuve pensando en ello toda la noche. Confieso que sentí entonces no ser aristócrata.

JAIME. Es inútil negar ante tan buena observadora. Sí, sí, hallé en usted esa rareza agradable de que he hablado antes.

ASCEN. Yo también hallé en usted algo raro y desconocido para mí. Orgullo, fiereza de raza; pero á la vez delicadeza, distinción, elegancias que no había visto antes. Con el trato me fuí acostumbrando y llegó

á parecerme natural y justa, y hasta digna aquella altivez. Lo dicho, que empecé á sentirme aristócrata.

JAIME. Hemos trocado los papeles.

ASCEN. Y creo que los hemos perdido.

JAIME. Yo no: me acuerdo de todo como si hubiera pasado esta mañana; como si no hubiera acabado de pasar: más todavía, como si no fuera á pasar nunca.

ASCEN. Yo también recuerdo que después de aquella mirada altiva, cuando hablé muy pocas palabras, volvió á mirarme y se quedó fijo en mí como si sus ojos se fueran clavando, clavando en los míos sin poder salir de ellos.

JAIME. Y todavía sigo clavado, porque la llevo siempre delante de mí como si hubiera atraído sus ojos para meterlos eternamente dentro de los míos.

ASCEN. (Mirándolo también con pasión candorosa.) Pues por mí no se desclave, que esos clavos no me hieren. (Quedan clavados mirándose profundamente como en arrobamiento amoroso, y después dice: ¡Ay, Jaime! ¿Qué nos pasa?

JAIME. Algo muy hermoso y muy desconocido.

ASCEN. Sí que es muy hermoso; como un amanecer que despierta á los pajarillos que callaban en lo recóndito de los árboles. ¡Ay! Me parece que empiezo á cantar muy claro. No me acuse; canto como los pajarillos; sin saberlo.

JAIME. Sí, amanecer hermoso en que hacía de noche mi amor que dormía, y hacen de sol tus ojos que lo despiertan.

ASCEN. ¿Tus ojos?.... ¿Por qué me tuteas..... (Rectificando como avergonzada de tutearle.) Usted?....

JAIME. Por lo mismo que tú me tuteas. Porque éramos muy amigos sin saberlo.

ASCEN. ¡Ah! Ya sé por qué. Dios, como tiene que hacer

tantas almas, va creándolas de dos en dos, una con cada mano y tirándolas juntas á la tierra. Y cuando se encuentran en el mundo las dos gemelas, vienen tuteándose desde arriba.

(Jaime y Ascensión quedan silenciosos durante algunos momentos mirándose fijamente con pasión y como en éxtasis. Mirándose van acercando las manos instintivamente y como por atracción involuntaria, siguiendo la aproximación progresiva de los ojos. Sus manos se juntan y se estrechan mutuamente. Ascensión al advertirlo, dice):

ASCEN. ¡Ay! ¡Qué hacemos! Tenemos juntas las manos. Ha sido sin querer juntarlas.

JAIME. Y sin poder retirarlas.

ASCEN. (Como disculpándose.) Pero no es culpa mía.

JAIME. Ni mía. Será que las almas gemelas se han conocido y se saludan con nuestras manos.

ASCEN. ¡Las pobrecillas no tienen otras!

JAIME. Y se saludan diciendo: ¡nos amábamos sin saberlo! ¡Nos amamos sin evitarlo! Nos amaremos aunque lo quieran evitar!

ASCEN. Vamos, traen aprendida la conjugación de todos los tiempos ¡Nos amábamos, nos amamos, nos amaremos toda la vida! (Con el mismo tono é intención que Jaime. Después de este transporte de amor, Ascensión se repone, y como asustada de su declaración, dice con pudor.) Ay! ¡Qué hemos dicho, Jaime!

JAIME. (Con fuego.) ¿Qué hemos dicho? Lo que sentíamos sin advertirlo: lo que pasaba en nosotros sin verlo: estamos en el Paraíso y vemos nuestras almas desnudas.

ASCEN. (Con rubor.) Por eso sin duda me avergüenzo. ¿Habremos pecado y nos arrojarán del Edén? Pero si es así, ¡qué hermoso es salir del Paraíso cuando me lleva tu mano!

GENER. (Dentro). Pero eso es increíble.

ASCEN. Tu padre.

JAIME. ¿Y qué? ¿Es pecado amar? Si lo fuera, nuestros padres no lo hubieran cometido muchos años antes que nosotros.

ASCEN. ¡Crueles! Han ahuyentado á las palomas cuando empezaban á fabricar su nido. (Se va. Jaime queda en la galería mirando hacia la parte por donde Ascensión sale.)

ESCENA VII

El GENERAL.—La CONDESA por el foro.—JAIME en el fondo de la galería.

CONDESA.—En efecto; parece imposible que mi hija ponga sus ojos en un cualquiera: un pintorcillo. ¡Maldita tolerancia del trato moderno!

GENER. ¿Pero te consta que Isabel?....

COND. Desgraciadamente. Los niños lo han descubierto. ¿Sabes dónde depositaban sus cartitas, y he encontrado una? En el casco de cabeza de león.

GENER. Perdono todo, todo, menos eso de convertir la armadura de leones en buzón de correspondencias amorosas.

COND. ¡Estamos honradísimos! Mi hija carteándose con un artista, y tu hijo interesándose demasiado por una institutriz, mujer peligrosa por sus antecedentes de familia.

GENER. Ese no es peligro para los hombres. En todo caso lo sería para esa niña.

COND. Es que el engañado puede ser Jaime, que la mira como á un ángel. Hay que apagar esos entusiasmos, revelándole que el ángel no es nadie, que no tiene *nombre ni* padre conocido. Una espúrea del

vicio, la cual no merece ser ni siquiera amante de una persona distinguida.

GENER. No se trata de que sea amante, ni yo lo consentiría. Se trata de que sea institutriz, y en ese concepto es irreemplazable. Por esto, y para conservarla con el respeto de todos en la casa, he ocultado caballerosamente la historia de su madre. No podemos exigir que los que nos sirven desciendan de santos ni de príncipes.

COND. Sabes que todo se hereda.

GENER. Esa señorita se ha portado bien hasta ahora. Si los sucesos lo hicieran necesario, entonces pondremos en guardia á mi hijo. Confío en que no se enamorará sino conforme á las leyes del honor.

COND. ¡Vaya un atrevimiento! ¡Enamorarse por su cuenta, como si el corazón no fuera un pedazo del cuerpo que les hemos dado!

GENER. Para evitar trastornos y distracciones, conviene casarlos desde luego. Notifica nuestra resolución á Isabel.

COND. Y tú á Jaime; ahí lo tienes. (Se va por el foro.)

ESCENA VIII

GENERAL y JAIME.—Este, que ha permanecido en el fondo de la galería, avanza á la escena llamado por su padre.

GENER. Hijo mío, ya conoces nuestros compromisos y nuestros deberes acerca de tu matrimonio. Ha llegado el día de cumplirlos.

JAIME. ¿Tan pronto?

GENER. ¡Tan pronto! Eso exclamaría un condenado á

muerte, á quien se anunciara la hora de la ejecución.

JAIME. Quiero decir que tengo una idea muy alta del matrimonio para resolver así, de pronto. El matrimonio no se improvisa, ni tampoco se impone con la autoridad y la fuerza. La familia no se forja á golpes; se funde al calor de los amores.

GENER. Sé más justo. No pretendo vencerte; quiero convencerte de que tu prima y tú debéis amaros: es lo lógico.

JAIME. ¡Ay, padre! La lógica es impotente; de eso no convence nadie, si no es la mujer al hombre y el hombre á la mujer.

GENER. El parentesco y la igualdad son de por sí atractivos para amarse. Constituiréis un matrimonio muy conveniente.

JAIME. Sí, para la pureza de la raza.

GENER. Cabalmente, para el cuidado de la raza. Hay que guardar la sangre noble en vasos cerrados para que se conserve pura.

JAIME. O para que se pudra. Recuerde usted lo que aconteció á mi bisabuelo. Profesaba tal culto á las antigüedades y á los recuerdos de familia, que no pareciéndole bastante ni vitrinas ni relicarios, los guardó en una torre aislada, cuya puerta tapió para incomunicar su tesoro con el mundo. Cuando muerto el venerable señor, sus herederos derribaron la puerta, les dió en la cara un hálito húmedo y frío, como de cementerio, y les dió en el oído un rumor inesperado de aleteos extraños, carreras precipitadas y choque de hierros, como si las almas de los que vivieron en aquellas memorias huyeran despavoridas de las bocanadas de luz y de aire que turbaban su sueño. ¡Qué estra-

go en las preciosidades encarceladas! Los retratos de los héroes aparecieron desnarigados por el roer de las ratas; los tapices de Flandes, acribillados por la polilla; los arcones de labor florentina, pulverizados por la carcoma; las cotas milanesas, bajo tupidas sobrevestas de telarañas; los espadones de Toledo, comidos por la herrumbre, saltaban al tocarlos como quebradizo cristal. Los pobladores de las tinieblas, usuarios del tesoro, se lo habían comido en el obscuro festín de su holganza; que no menos que con la pena de muerte fué castigado el delito de la incomunicación. Padre, la ventilación no quita antigüedad, y sí quita polilla. (Pausa.) ¡Un casamiento! ¡Nada más sencillo! Dos manos se enlazan: otra las bendice, y quedan casados los cuerpos. Esa es la ceremonia. Pero las almas han de venir casadas antes: esa es la esencia. ¡Ay si continúan solteras! Entonces se consuma en vez de un sacramento un sacrilegio. Por esto no puedo casarme con Isabel: no me ama ni me amará nunca.

GENER. ¿Te lo ha dicho?

JAIME. ¿Cuándo? ¡Si hasta huye de hablarme! Con eso basta para saberlo.

GENER. Ahora estás en razón. Debes de entenderte con tu prima. Y en el acto. Ahí viene.

ESCENA IX

JAIME.—El GENERAL.—ISABEL.—La CONDESA; éstas vienen juntas por la galería. El General se lleva aparte á la Condesa. Isabel y Jaime quedan en la galería, pero cada uno á un extremo de ella, sin mirarse.

GENERAL. (Aparte á Condesa.) Jaime está bien dispuesto; pero alega que tu hija no le ama. Ya le has oído antes acusarla de cierta esquivez. Habéis venido de temporada á casa para que se traten é intimen, y no les dejas una hora de libertad. Exageras mucho las precauciones.

COND. Son costumbres, no precauciones, que no necesito para ella.

GENER. Mira, vámonos al salón. Dejémosles á solas; que hablen y se entiendan.

COND. Pero poco tiempo. Volveremos en seguida.

GENER. Necesariamente. Como que la campana nos llamará muy pronto á la mesa. (Se van por la derecha).

ESCENA X

ISABEL.—JAIME.—Isabel, al hallarse sola con Jaime, se dispone á irse.

ISABEL. Con tu permiso.....

JAIME. ¿Huyes porque nos dejan? No temas á la soledad, es muy hermosa; acabo de saberlo.

ISABEL. Y muy peligrosa. Es un descuido raro en mi madre.

JAIME. Descuido..... muy preparado. ¿Sabes para qué nos dejan solos? Para que yo te enamore.

ISABEL. Pues puedes empezar.

(Pausa breve.)

JAIME. Nuestros padres quieren que nos entendamos, que declaremos nuestro amor..... y van á conseguirlo. Isabel ¿te casarías con un hombre á quien no amaras?

(Otra pausa: después de ella, Isabel dice con resolución):

ISABEL. No.

JAIME. Entonces no te casarás conmigo. (Isabel guarda silencio embarazoso. Jaime le dice con tono de confianza, como para abrirle camino): No te duela decírmelo; no me ofendes.

ISABEL. (Con resignación hipócrita.) Lo que tú quieras.

JAIME. Pues quiero... que no me quieras.

ISABEL. Sigo queriendo lo que tú quieras.

JAIME. Te agradezco la fórmula delicada de estas calabazas. Pues bien: mi padre me ha ordenado casarme contigo, y yo..... y yo me he negado.

ISABEL. (Fingiéndose ofendida.) ¿Y por qué? ¿Soy tan fea? Muchas gracias por la galantería.

JAIME. Te he echado la culpa. (Movimiento de extrañeza en Isabel. Jaime, al notarlo, continúa): Me he negado alegando que tú no me amas. Dí ahora si no he salvado bien tu dignidad.

ISABEL. Efectivamente; te agradezco también la fórmula delicada..... Veo que vamos entendiéndonos.

JAIME. Ahora vamos á declararnos nuestros amores. (Isabel hace un movimiento de inquietud. Jaime sigue): Tú amas..... á Pedro. (Pausa breve. Isabel guarda otra vez silencio; Jaime le dice): No calles como antes. Hemos roto á hablar para decir lo que pudiera mortificarnos. ¡Cuánto mejor para lo que pueda agradarnos! Amas á Pedro.

ISABEL. Hoy me ha dado por no contradecirte. Digo lo que digas.

JAIME. Pues digo que le ames mucho.

ISABEL. Por amado. ¡Facilitas tanto las cuestiones!....

JAIME. Y yo amo á Ascensión.

ISABEL. (Respirando con tranquilidad.) ¡Ah!

JAIME. ¿No lo sospechabas?

ISABEL. Sí; pero me gusta que me lo digas. Eso me tranquiliza completamente.

JAIME. Quieren casarnos; no, juntarnos como juntan en un trofeo dos corazas vacías. Los corazones se han quedado fuera.

ISABEL. No nos casarán.

JAIME. No puedo oponerme: sería un agravio á tu belleza.

ISABEL. ¿Quieres que yo cargue con la culpa, con la pena y con los sermones? ¡Eso no!: yo tampoco me opondré.

JAIME. Si es lo que deseo; que no te opongas. Reflexiona y prevé. ¿Nos negamos? Pues sobrevendrán los enojos.

ISABEL. Las violencias.

JAIME. Las precauciones. Nos llevarán á viajes lejanos. Expulsarán de la casa á Ascensión.

ISABEL. Y á Pedro.

JAIME. ¿Cedemos? Conformidad decidida, satisfacción en todas las caras, sosiego en todos los espíritus. Ellos en la casa: los dejarán, porque aunque les amáramos cien veces más, lo que interesa es nuestro casamiento, no nuestra fidelidad. Y entre tanto el tiempo anda; llegaremos á la mayor edad.

ISABEL. La edad libre.

JAIME. Me faltan menos de tres meses. Los tengo contados.

ISABEL. A mí dos años. Y es mucho esperar. Absurda ley la que señala hora fija para enamorarse.

JAIME. Y entonces se acabarán las opresiones, se acabarán las leyendas vetustas; los atropellos á la naturaleza, que vive lo mismo en las llanuras que en las cimas de la sociedad.

ISABEL. ¡Qué apasionamiento! Bien se ve que venías á enamorarme; me tienes encantada. Todo, todo como tú quieras. Pero en verdad, vamos á una obra de hipocresía.

JAIME. No, la continuamos. Obra de esta educación tiránica: quiere hacer sumisos y hace hipócritas hasta que puedan ser rebeldes. (Pausa). (Suena dentro la campana llamando á la comida). Prima querida, porque ya empiezo á quererte..... si me lo permites.

ISABEL. Ahora, sí.

JAIME. Te pido, pues, tu mano de esposa..... para no usarla.

ISABEL. (Dándole la mano). Concedida.

JAIME. (Estrechándola con la suya). Es la primera vez que nos las apretamos de verdad.

ISABEL. Porque por primera vez son sinceras.

JAIME. ¿No te lo dije? Nos dejaron solos para ponernos de acuerdo, y lo han conseguido.

ESCENA XI

DICHOS.—El GENERAL y la CONDESA, por la derecha de la galería.

CONDESA.—¿Hay alegría?

GENERAL.—Esas no parecen vuestras caras.

JAIME. Quizá....., quizá no sean.

GENER. (A Jaime aparte). ¿Estáis de acuerdo, eh?

JAIME. Completamente.

COND. (A Isabel, con quien ha hablado en voz baja durante las frases antecedentes): Bien, hija mía. Procedes como quien eres.

GENER. Nuestra bendición y nuestro parabién.

COND. Vamos á participarlo á todos.

ESCENA XII

DICHOS.—ASCENSIÓN.—PEDRO.—RAMIRO.—FADRIQUE y el CAPELLÁN.

CONDESA.—Ya que están ustedes aquí, les debemos las primicias de una novedad. Mi hija se casa con su primo Jaime en cuanto se arreglen las dispensas.

(Ascensión y Pedro hacen un movimiento de pena. Pedro se sobrepone á ella y dice á Isabel):

PEDRO. Sea enhorabuena.

COND. Todos podemos felicitarnos.

ASCEN. (Aparte á Jaime). ¿Es verdad?

JAIME. (También aparte.) Hay un secreto: te lo explicaré luego.

ASCEN. Ya está explicado. No me duele tu casamiento, sino tu engaño. ¿Qué mal te he hecho para esta crueldad? ¿Quién te obligaba á mentir si no me querías?

JAIME. (Con fuego.) ¡Te amaba, te amo, te amaré toda la vida!

ASCEN. ¿Y te casas sin cariño? Ahora me duele más tu desgracia que tu falsía. (Se separa rápidamente de Jaime, secándose los ojos llorosos, y se acerca á Pedro, diciéndole en voz baja). Diga usted á mi madre que venga por mí hoy mismo.

PEDRO. ¿Deja usted la casa?

ASCEN. En ella hay ó un peligro ó un suplicio para una sirviente enamorada.

GENER. (A Pedro, señalándole un sitio en la mesa). Pedro, es usted nuestro convidado. (Todos se colocan alrededor de la mesa en sus respectivos sitios, pero sin sentarse hasta que se eche la bendición. El General y la Condesa en las cabeceras. El Capellán y Ascensión en los costados, uno enfrente de la otra. Pedro á la derecha de la Condesa y al lado de Ascensión. Isabel á la derecha del General. Jaime á la izquierda de la Condesa. El General dice al Capellán): Padre Capellán, bendiga la mesa. (A Ramiro): Ramiro, comienza la sagrada lectura.

RAM. ¿Yo? ¿También hoy?

GENER. ¿Á quién le toca?

FADRI. Á Ramiro.

RAM. Á Fadrique.

CAP. Á Ramiro le tocó ayer.

GENER. (A Fadrique.) Hola, ¿mentiroso?

RAM. ¿Lo ve usted, abuelito?

GENER. (A Ramiro.) ¿Réplicas? Hola, ¿rebelde?

RAM. Porque tengo razón.

GENER. No hay más razón que la autoridad. Tú (A Ramiro.) por rebelde, á leer otra vez. Tú (A Fadrique) por mentiroso, á oir de rodillas.

PEDRO (Al General.) Perdón por esta vez.

GENER. Hay que enseñarles á la obediencia. Así nos educaron nuestros abuelos. Miremos atrás; á lo pasado, oriente de toda luz.

CAP. Manantial de toda ciencia.

GENER. Principio de todo gobierno.

(El Capellán bendice la mesa. No lejos de ella, en el primer término y uno enfrente de otro se colocan Ramiro y Fadrique: éste de rodillas. Aquél, durante la bendición y el rezo, le hace burlas y muecas como alegrándose de que le hayan castigado.

Después de la bendición y de santiguarse, todos se sientan en los sitios señalados. Los criados empiezan á servir la comida y Ramiro puesto en pie lee en voz alta en un libro que le habrá entregado el Capellán.)

RAM. "Génesis.—Capítulo 12.º—Los Ángeles dijeron: Loth, salva tu vida; no mires hacia atrás ni te pares en toda la región circunvecina, sino ponte á salvo en el monte, no sea que también tú perezcas juntamente con los otros. La mujer de Loth, volviendo á mirar hacia atrás, quedó convertida en estatua de sal." (Todos quedan mustios y dejan de comer.)

PEDRO. ¿Oye usted, señor General? Los que miran atrás se petrifican.

GENER. Te has equivocado de libro; eso está escrito por algún revolucionario.

CAP. Es el Viejo Testamento inspirado por Dios mismo.

PEDRO. (Á Ascensión.) Hay que andar hacia la montaña para no perecer.

ASCEN. ¡Ay de los que no tenemos fuerzas para subir! (Se conmueve visiblemente).

PEDRO. (Al advertirlo.) ¿Se pone usted mala? Está fría como una estatua.

ASCEN. ¡Lo mismo!

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

.la amueblada modestamente. Un piano, armario con libros y una uina de coser. Puerta á la izquierda y otra al foro. Á la derecha ›alcón. Es de día.

ESCENA I

SANDALIA y PEDRO.—Éste entra por el foro y trae un estuche grande de pintor.

›RO. Buenos días; ¿se trabaja?

‹D. Se ha trabajado y se trabajará. Y Dios dé en qué. ¿Y usted?

›RO. No temo que me falte trabajo. El arte lo encuentra siempre donde hay naturaleza. Vengo de ella. Esta región del Norte está hecha para desesperar á los pintores. Por mucho que se ande, siempre paisajes nuevos; por mucho que se idealice, siempre la realidad es más hermosa que lo pintado.

‹D. Veamos esos primores. (Pedro abre su caja y saca la paleta, los pinceles y un lienzo pequeño pintado.)—Llamaré á Ascensión; le gustan estas cosas.

›RO. Llámela.

‹D. (Llamando.) Ascensión, ven: aquí está Pedro. La casa del pobre no necesita campana para anunciar al que entra.

ESCENA II

Dichos. — ASCENSIÓN por la puerta izquierda.

SAND. Mira este cuadro.

PEDRO. Apenas está empezado; no ha habido tiempo para más. (Pedro le presenta el lienzo.)

ASCEN. ¡Lindo asunto!

PEDRO. Histórico. De historia primitiva.

ASCEN. No, moderna; y muy cercana. Ese es el montecillo que hay á la derecha de nuestro camino.

PEDRO. Justamente; el camino del palacio de los marqueses.

SAND. ¿Y qué representan esas figuras?

PEDRO. La familia de Loth.

ASCEN. Una historia bíblica aplicada á un suceso de actualidad.

PEDRO. Por algo que sabemos Ascensión y yo.

ASCEN. No es un secreto.

PEDRO. Ciertamente. Cuando comíamos anteayer en casa de los marqueses, fué leído, por inspiración providencial, ese pasaje, y la pobre Ascensión se conmovió oyendo lo que parecía un aviso del cielo. Y quiero recordar con ese cuadro aquella protesta de un corazón oprimido. Se lo dedico á Ascensión, para que tenga siempre presente que quien mira á lo pasado se petrifica.

ASCEN. La dedicatoria es para mí, pero ahí retrata usted á Isabel.

PEDRO. La retrato hasta sin querer. Y á ella conviene también la lección. Es recuerdo, enseñanza y hasta símbolo de nuestra vida: la de los grandes como

la de los pequeños. Unos dicen: ¿para qué más trabajo? ¿Para qué más gloria? Ya trabajaron y brillaron para nosotros nuestros abuelos; vivamos como los cipreses del camposanto, de la substancia de los muertos. Los otros piensan: ¿Para qué correr si no hemos de llegar? ¿Para qué los placeres del espíritu? ¿Para qué trabajar lo de mañana si hemos de perecer? Pasemos el día. El que venga detrás, trabaje como yo he trabajado, como trabajaron mis abuelos. Y todos nos hemos sentado en el camino para mirar embebecidos, en éxtasis indolente, las agujas góticas de nuestras catedrales, las banderas de Atocha y los gloriosos muros de Gerona, mientras el resto de la caravana, andando y andando, está para salir del desierto. Unos, se acuerdan de que fueron señores; otros, de que fueron siervos; pocos, de que son hombres; y los hombres empiezan cuando nacen, y acaban cuando se entierran; perogrullada de que no se ha enterado todavía la humanidad.

ASCEN. Verdaderamente es usted un amigo útil, de los que consuelan y fortalecen. Tiene usted tanto color en el alma como en la paleta.

PEDRO. (Separándola de la paleta, á la cual se acerca Ascensión para mirar el cuadro.) — Pero no se acerque usted á ella; puede mancharse.

SAND. Póngala lejos.

PEDRO. Aquí: á guisa de escudo.

ASCEN. Pongámosla en alto, junto á lo que también llamaré mi panoplia. Gramáticas y Diccionarios ingleses, bastidores de bordar, agujas de labores; las armas de mi trabajo. (Ascensión va á colocar la paleta en el armario.)

PEDRO. Yo la colocaré; usted no alcanza.

ASCEN. De sobra. (Colocándola.) Nuestras panoplias están muy bajas. No dan para más estos techos que parecen venirse encima de la cabeza para achicar los pensamientos y abatir el espíritu. Se fabrican sólo para los que están encorvados por el trabajo. ¡Ea, á trabajar! (Se sienta á la máquina y se dispone á coser.)

SAND. ¡Abatir! ¿Te abate la pobreza?

ASCEN. No me acobardan enemigos que puedo vencer; el oro al fin está abajo, en la mina, al alcance de cualquiera: ¡necios los que se envanecen con su posesión, tan despreciable que puede ganarse hasta con la infamia!

PEDRO. Y la nobleza con el tiempo. Alguien ha de empezarla en cada familia. Y siempre es más glorioso empezarla que concluirla.

SAND. Buenos bríos, Pedro.

PEDRO. Los tengo para todo. ¿Que no puedo ser más de lo que fueron mis antepasados? ¡Mentira!

ASCEN. El agua que nace en la sierra puede bajar atraída por el declive: la que nace en la hondonada no sube sierra arriba.

PEDRO. ¿Que no sube? El vapor se aprisiona en la caldera; la palanca bracea hostigada por el vapor; la bomba chupa al río, y el sifón, traspasándolo por la hondonada, lo escupe á la frente de la sierra. Para la gente nueva no hay cuesta arriba.

ASCEN. (Con amargura.) Pero se tarda mucho tiempo en montar toda esa maquinaria elevadora, y cuando lleguemos será tarde para nosotros..... Vuelta á coser. Sí, estémonos donde nacimos, casi por miedo de estar peor si nos trasladamos: ni ellos deben bajar ni nosotros subir; porque tan ridícula resulta la postura del que se agacha para recoger lo que

anda por el suelo, como la del que estira el cuello para llegar donde no puede. Ninguno está en la actitud digna del hombre. Mi abuela cosió, mi madre cose; y yo tengo que coser. (Cose.)

AND. Y que acabar, que va siendo tarde y no has adelantado nada.

SCEN. Parece que no adelanto nada, y en esa labor estoy viendo la existencia. Siempre corriendo á compás de este monótono, "tic, tic, tic, tic." Siempre los dientecillos de la rueda cosiendo vidas unas tras otras por el mismo carril; siempre la aguja por el mismo sitio; puntada tras puntada, la que entra como la que sale, la que viene como la que pasó, y "tic, tic, tic, tic," hasta que se acabe la tela. Y ya se acabó. Mira qué bien, y qué pespunte tan igual, tan simétrico hace la máquina; ¡cómo enseña á vivir y cuánto trabajo ahorra á los ojos y á la inteligencia!

EDRO. ¡Pero cuántos placeres les roba! Hay que romper la simetría de la máquina: cósase cada cual su existencia á su gusto y medida. Y quiero curarla de esa locura deprimente que padecen los pequeños. Usted es una tradicionalista á su manera. Unos aparecen altivos porque miran arriba: sus muertos los engallan. Nosotros humillamos la cabeza por mirar á la hondonada: nuestros muertos nos atraen desde abajo.

AND. Voy á dar una vuelta por allá dentro. Los pobres no podemos ser muy atentos con los amigos. Tengo que hacer en la casa.

EDRO. No gaste usted cumplimientos.

AND. Ascensión puede coser y hablar. (Se va por la izquierda.)

SCEN. ¿Ha vuelto usted por aquella casa?

PEDRO. No.

ASCEN. ¿De modo que no ha recibido explicación de lo que pasó anteayer?

PEDRO. He escrito á Isabel y no me ha contestado. Indudablemente interceptan las cartas, porque estoy seguro de su amor.

ASCEN. Lo han demostrado mal. Se han burlado inicuamente de nosotros.

PEDRO. ¡Quién sabe! Isabel y Jaime no se casan, porque no se quieren. En esto hay algún misterio que conoceremos pronto.

ASCEN. Pues yo voy á saberlo antes que usted. Jaime me ha escrito anunciándome que viene hoy. Le espero ya.

PEDRO. Eso confirma lo que pienso. Jaime no vendrá ciertamente á pedir á usted licencia para casarse con Isabel.

ASCEN. Me prometió una explicación cuando nos hablamos la última vez.

PEDRO. Pues confiemos, Ascensión. La desconfianza impide muchas victorias, y yo estoy resuelto á vencer, sea como sea. ¿No me abren las puertas? pues asalto las ventanas. Sólo una cosa me acobardaría: la voluntad de Isabel. Teniéndola, todo será mío. Y adiós. No quiero ser inoportuno. Espera usted una visita.

ASCEN. Y estoy impaciente porque todavía no ha llegado. Soy mujer, y curiosa y ofendida. (Ascensión está arreglándose el cabello ante un espejo mientras habla.)

PEDRO. Y ofensiva, porque veo que está usted preparando su arma de combate, la cara.

ASCEN. Interrumpí mi peinado cuando usted vino, y continúo..... con su permiso.

PEDRO. Pues acábelo en su cuarto. Váyase, váyase. Vol-

veré para terminar mi cuadro; aquí lo dejo. Mírelo con cuidado. Es un pasaje del Génesis, el libro de la Creación. Y á los humildes nos importa recordar de cuando en cuando que el mundo se hizo de la nada.

ASCEN. Pues hasta luego. Acabaré de afilar mis armas..... Armas funestas que se vuelven contra su dueño. (Se va por la izquierda.)

PEDRO. (Preparado para irse, se queda un momento siguiendo con la vista á Ascensión y dice): ¡Pobre enamorada de una estrella! ¡Maldecida miseria, madre de la cobardía! El hambre debilita tanto, que hasta la de los ascendientes produce desmayo en las generaciones sucesivas.

ESCENA III

PEDRO, JAIME.—Éste entra por el foro cuando PEDRO se dispone á salir. Ambos se muestran sorprendidos y como embarazados con el encuentro.

JAIME. La criada me ha dicho que estaba aquí la señorita Ascensión.

PEDRO. Estaba, y volverá á estar pronto.

JAIME. Me será muy agradable esperarla en compañía de usted.

PEDRO. Perdón; en compañía, no; iba á salir.

JAIME. ¿Tan de prisa? (Pausa breve. Jaime dice con tono de afectuosa confianza): Pedro, sea usted franco: ¿le enoja mi presencia?

PEDRO. ¿Por qué, señor vizconde?

JAIME. Por lo de anteayer. Siempre disgusta encontrarse con el..... vamos, le pondré mi nombre fantástico: el rival.

PEDRO. Cabría rivalidad si yo amara á Ascensión, como usted.

JAIME. ¿Como yo? ¿Quién se lo ha dicho?

PEDRO. Ella misma. Soy su mejor amigo, su confidente.

JAIME. Sé que no es usted más que amigo de Ascensión. Pero tampoco podemos encontrarnos en el otro camino de la rivalidad, porque yo no amo á Isabel, como usted.

PEDRO. ¿Como yo? ¿Lo sabe....?

JAIME. También auténticamente. Me lo ha confesado ella misma.

PEDRO. (Con extrañeza.)—¡Ella misma!

JAIME. Toda mujer honrada debe presentar á su futuro la lista de los adoradores que la persiguen. Eso es lo natural; lo grave es que también me ha confesado que ama á usted.

PEDRO. Entonces.....

JAIME. Entonces..... puede usted inferir que yo no seré nunca marido de mi prima. Soy también confidente, y desde anteayer, el mejor amigo de Isabel; porque ambos estamos de acuerdo para aborrecernos como prometidos, y esto aparta el obstáculo que impedía nuestra amistad sincera. Conque ahora ¿enoja á usted mi presencia? (Tendiéndole la mano.) Estreche la mano de un aliado contra la fuerza, que pretende dominar en todo, hasta en las almas.

PEDRO. Estrecho una mano dos veces noble.

JAIME. Comuníquese usted con Isabel y le explicará el enigma de nuestra boda fingida, que voy á explicar á Ascensión.

PEDRO. Señor vizconde, confianza completa entre ambos. He escrito á Isabel, y.....

JAIME. Y no le ha contestado; lo sé. Ni contestará. Ha puesto la carta en manos de su madre.

PEDRO. ¡Imposible!

JAIME. Posible y habilísimo. Es parte del plan tranquilizador. Hay que calmar los nervios excitados de la familia. Enseñando esa carta, se propone aparentar—entiéndase—aparentar que desdeña las pretensiones de usted, de las cuales ella no es cómplice ni responsable. Y reducido á ese desairado papel, no es usted peligroso en aquella casa y puede volver á ella cualquier tarde. (Gesto de admiración en Pedro.) ¡Qué maravilla! Creía usted amar á una mujer y resulta enamorado de un diplomático.

PEDRO. La necesidad la obliga á la astucia. Pero tiene un gran corazón.

JAIME. Sin duda; un corazón grande si lo dejan esponjarse en libertad; mas oprimiéndolo, lo achican. Nacemos Guzmanes de los Buenos; la educación opresora nos hace Guzmanes de Alfarache. ¡Pícaros lavados con agua bendita!

PEDRO. Yo no puedo volver á aquella casa.

JAIME. No vaya por ahora, hasta que pase el primer desbordamiento de la ira. Ascensión también regresará si quiere.

PEDRO. No volverá á la casa mientras usted esté en ella.

JAIME. ¿Cree usted que no cederá? Isabel la llama con empeño; es otra parte del plan; y los demás no han de ser más celosos que la interesada. Y los niños la adoran y van á venir por ella.

PEDRO. Entendido el plan.

JAIME. ¿Puedo ser más sincero? Y no es indiscreción, es un anticipo. Isabel había de decírselo á usted. ¿Puedo esperar ahora que siga usted considerándome como su amigo?

PEDRO. Leal como yo. (Tendiéndole la mano.) Adiós.

JAIME. (Estrechándola.) Adiós. (Pedro se va por el foro.)

ESCENA IV

JAIME

JAIME. Un pobre diablo que quizá me envidia sin saber que yo soy quien le envidio con toda el alma. ¡Felices los abandonados en la calle! ¡Qué abierto el camino, qué ancho el mundo para ellos! Pasan ó caen, se levantan ó se estrellan; pero á lo menos se mueven, andan; son hombres despegados de la tierra. Nosotros somos presos amarrados por los codos, con la cuerda tirando siempre atrás; momias conservadas dentro de nuestros pergaminos. ¡Sentimos afuera las ráfagas calientes de la vida y no podemos salir para besarlas! (Pausa breve.) Anteayer acaso me hubiera casado con Ascensión. Hoy, con lo que sé, comprendo que no puedo hacerla compañera de mi hogar. Fuera solamente pobre, yo la enriquecería; fuera solamente humilde, yo la ennoblecería. Pero no puedo darle un padre que no tuvo. No tengo derecho para dar á mis hijos abuelos deshonrados. Su madre fué hija de nadie y de todos, nacida de los amores en montón. Serán injusticias de las costumbres, serán preocupaciones, pero criado en ellas, han ido cuajándose en mis venas y no puedo escupirlas sin escupir toda mi sangre. ¿Por qué nos quitan la voluntad y no nos quitan las pasiones? No vivo sin ella, y si no vuelve á mi casa..... ¡Ah! Quiero ser bueno, y me obligarán á ser malo. Aquí viene. (Mirando á la izquierda.)

ESCENA V

ASCENSIÓN Y JAIME.

JAIME. Ascensión, para que ni una palabra, ni una mirada tuya venga á mi con enojos, piensa antes de mirarme, antes de hablarme, que te amo como te amaba. (Gesto de desconfianza en Ascensión. Jaime sigue): ¿Querrás creerme y oirme?

ASCEN. Claro que voy á oirte.

JAIME. Te parecerá inexplicable.....

ASCEN. Lo que hiciste conmigo, sí; por eso me está comiendo la curiosidad del enigma. Por eso te recibo sin pensar si obro bien ó mal. Si no hubieras venido yo te hubiera buscado. Conque ya puedes hablar.

JAIME. Anteayer te confesé mi amor verdadero.

ASCEN. Sí; media hora antes de publicar tu casamiento. ¡Maldecido amor que abrió la boca para morder!

JAIME. Lo dije de buena fe.. ..

ASCEN. Pues fué desgraciada. ¡En qué ocasión cayó la buena fe para parecer mala!

JAIME. Yo no sabía lo que después sucedió.

ASCEN. Pues ya es torpeza el no saberlo, ó crueldad refinada el enamorarme sabiéndolo.

JAIME. ¿Pero quieres oirme, ó que te oiga?

ASCEN. Si es que no puedo detener la lengua, ni reprimir más el llanto. (Llorando).

JAIME. Lo de la boda es una ficción.

ASCEN. (Interrumpiendo.) Una.....

JAIME. (Con rapidez, y sin dejarla acabar.) Una ficción convenida entre mi prima y yo, para tranquilizar á nuestros padres.

ASCEN. ¿Una farsa? Luego aquí hay un embustero. ¿Para quién, para ellos, ó para mí?

JAIME. Para desobedecerlos habíamos de decir que os amamos á ti y á Pedro: decirlo era cerraros la puerta de la casa.

ASCEN. De todas maneras me la has cerrado.

JAIME. Mi padre quiso imponerme su autoridad. Yo no soy independiente por ahora. Nunca me casaré con mi prima, porque no quiero. Tampoco con otra, porque no puedo. (Pausa.)

ASCEN. Esa otra soy yo. (Pausa breve. Jaime calla como embarazado para contestar. Ascensión le dice): Dímelo: la claridad no nos ofende á los que vivimos á la luz libre. Ya lo sabía.

JAIME. ¿Pero me amarás siempre como yo á ti?

ASCEN. ¿Y por qué no? Se aman los pajarillos y no se casan. Te quiero, ¡qué sé yo por qué ni para qué!

JAIME. (Acercándose á ella con pasión.) Pues si me quieres, el amor busca, el amor abraza.

(Intenta abrazarla. Ascensión le rechaza suavemente y baja los ojos.)

ASCEN. Te he escuchado y te he dicho muchas cosas con los ojos levantados y las mejillas frescas: eran oleadas blancas. Ahora te oigo sonrojándome. La tuya no es ya una idea blanca; no viene del alma.

JAIME. El amor tiene un camino que lleva al infierno á los que desconfían, y otro que lleva al cielo á los que confían.

ASCEN. Esa felicidad sólo cae con la bendición de Dios.

JAIME. Tú lo has dicho. Los pajarillos se aman y no se casan.

ASCEN. Pero se aman bajo el ala de sus madres.

JAIME. Pero.....

ASCEN. (Interrumpiéndole bruscamente.) Basta. Ya te has explicado mejor que yo quería; yo, entendido mejor que tú quisieras. Dios mío. ¿qué mal he hecho á este hombre? ¡Adorarle de rodillas y por eso me da con el pie!

JAIME. Que te engañas, que te amo como te amaba.

ASCEN. Si, sé que me quieres mucho; pero me quieres mal. Ó te han hecho quererme mal. Lo adivino. ¿No es eso? Anteayer me hablabas de otro modo. ¿Qué noches tenebrosas se han interpuesto entre unos y otros días?

JAIME. No me preguntes: no quieras averiguar.....

ASCEN. Pues ahora, ahora es cuando necesito aclaraciones. Por impías que sean, nunca serán tan impías como este misterio.

JAIME. Fuerte tormento obligarme á herir ese oído, donde yo vertería todas las felicidades del mundo.

ASCEN. ¿Herirme? ¿Por qué? No hay explicación más sencilla. ¿Que mi clase es humilde y la tuya altísima? Evidente. Y ya estás justificado: la insensatez es la razón de muchas desdichas voluntarias.

JAIME. No me acoses, ni con tus ironías, ni con tu dolor, que es lo que más me acosa.

ASCEN. Pues no hay más términos: ó eres vanidoso y cobarde, ó desenamorado y falso. Escoge títulos y preséntalos como derechos para que yo sea tan enamorada que te crea, y tan desaprensiva que siga amándote por las afueras de la iglesia donde no te dignas entrar conmigo.

JAIME. La claridad me daría tu perdón. Considera si soy desgraciado, que tengo que renunciar á él.

ASCEN. ¿Te han dicho mal de mí? (Mirando fijamente á Jaime como para sorprenderle la intención.)

JAIME. ¡Quién, sin que le arrancara la lengua!

ASCEN. ¡No es de mí!

JAIME. Hay honras heredadas; las mías, por ejemplo, que se gozan sin ser personales.

ASCEN. Y hay deshonras que recaen en nosotros sin ser nuestras. ¿No es eso? ¡Qué útil y qué cruel es la lógica! (Mirando fijamente y con gran atención á Jaime.) Mis abuelos..... (Pausa breve: Jaime baja los ojos y calla.) Más cerca..... mi madre..... Lo sé.....

JAIME. ¿Sabes también que tu madre?....

ASCEN. (Con seguridad como quien ha arrancado el secreto.) Cierto que lo sé: desde ahora. Ya ves cómo aprendo á falsear la verdad, pero hasta cuando la falseo la sirvo. Ya la tengo.

JAIME. (Confuso.) ¡Ah, no conocías la historia?.....

ASCEN. Ni me la digas, no me la digas tú, ¡el hombre de quien yo esperaba sólo cariños felices!.... Se lo preguntaré á mi madre. Y ¡ay de los tuyos si eso, eso, lo que sea, es una mentira forjada por el orgullo ó por la envidia, para impedir lo que yo ni siquiera pretendía!

JAIME. No se lo preguntes. Basten mis palabras. Las suyas van á costaros muchos dolores.

ASCEN. ¡Que no se lo pregunte! ¿Piensas que voy á creer sus ignominias porque tú me las cuentes? ¡Si habrá de contármelas ella y quizá no la creeré!

JAIME. Y ahora, oigas lo que oigas, recuerda que te amaré lo mismo, seas lo que seas.

ASCEN. ¡Amor! se acabó para nosotros.

JAIME. No. Una palabra tuya, y dejo todo por ti. Mi coche está cerca. Cuando lo oigas rodar bajo ese balcón, piensa que en él corre nuestra felicidad: baja y búscala. Después, tú y yo solitos, lejos de aquí, á las fronteras, á los mares, que tienen por térmi-

no el cielo, para nosotros el cielo de los amores escondidos.

ASCEN. ¡Así, así! Aprovecha los derrumbamientos de la honra para llevarte la que queda en pie. (Con energía.) Vete, vete.

JAIME. Te espero abajo.

ASCEN. Tan abajo que ni yo puedo descender. (Transición.) Pero espera, sí. Me corre prisa volverte á ver: para que te arrodilles, si has mentido; si no has mentido, para que me mates. (Jaime se va por el foro.)

ESCENA VI

ASCENSION Y SANDALIA.

ASCEN. (Llamando.) ¡Madre! ¡Madre! (Pausa.)

SAND. (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué sucede? ¡Estás nerviosa!

ASCEN. Madre mía, Dios condena los amores ilegítimos.

SAND. Esas pasiones son desgracias con que Dios nos aflige para probar nuestra fortaleza en ese fuego. Sé lo que quieres decirme; amas todavía un imposible, hoy mayor que antes.

ASCEN. (Mirando con interés á su madre.)—Bien, pero dime: ¿seré la primera mujer puesta á prueba?

SAND. (Se sorprende, y después de breve pausa dice): Ni serás la última.

ASCEN. ¿Y hay alguna que no haya tenido fortaleza en la tentación?

SAND. La hubo. (Con dolor.)

ASCEN. (También con dolor, como creyendo que su madre confiesa.) ¡La hubo!

SAND. (Rectificando y como para alejar toda sospecha.)—Sí; nuestra primera madre.

ASCEN. Que fué madre de las mujeres caídas, porque de su sangre vienen.

SAND. Y también de las santas, porque de ella vienen todas.

ASCEN. De ella vienen las santas, porque Eva está muy lejos de sus hijas actuales, y la corriente de su sangre pudo purificarse en filtros inmaculados. Vengamos más cerca, más cerca, á la boca del manantial. Sin duda ha habido en nuestra casta algún fuego más inmediato, cuando todavía se siente el calor en mi sangre. (Sandalia baja los ojos y procura ocultarlos, confusa y desconfiada. Ascensión se los busca y sigue:) — Quiero saberlo. (Pausa.) — ¡Madre de mi alma, tú me has tratado siempre con mucho cariño, con mucha confianza, como si fueras, á la vez que madre, mi hermana y mi amiga!

SAND. Como que lo eres todo para mí; no tengo más en el mundo.

ASCEN. Me has criado en tu intimidad, fiando de una niña como si tuviese muchos años.

SAND. Para que cuando tuvieras años no te portaras como una niña.

ASCEN. (Marcando).—Y nunca me has ocultado lo que pudieran revelarme otros..... Tú me lo has dicho mejor. ¿Ha sido siempre?

SAND. Ascensión, ¿te han hablado de algo que tú no supieras?

ASCEN. ¿Me habrás ocultado precisamente lo que más me interesaba saber?

SAND. (¡Lo sabe!) ¡Qué dolor!

ASCEN. Sólo uno, madre mía: el de ocultar la verdad á quien no te ha dicho jamás una mentira.

SAND. Pues conoces la desdicha, tienes que conocer la justificación.

ASCEN. ¡Madre mía, por Dios, no, no! Ni tú me la debes, ni yo la necesito de tus labios..... Estás justificada.

SAND. (Después de una pausa.) Yo era todavía más niña que tú.

ASCEN. ¡Y tan enamorada como yo! Pues basta; no me digas más. (Con viveza.)

SAND. Es preciso. Alguna vez habías de saberlo. Ya era hora. (Pausa breve.) — ¿Sentirías mucho venir de abajo? ¿De muy abajo?

(Ascención lo siente en efecto, y muestra contrariedad y pesar profundo; pero se repone y aparenta no sentirlo para no causar más pena á su madre.)

ASCEN. ¡Qué importa eso! Los árboles más altos tienen las raíces más profundas y más ocultas. ¿Quién sabe dónde? Yo conocí allá en nuestras tierras tropicales un cedro, adorno del jardín de un señorón. ¡Pobre del criado que hubiese tocado á sus ramas, en que se miraban los amos! Hubo que hacer obra en la posesión y se abrieron zanjas largas y hondas. ¿Y sabes dónde se hallaron las raíces del cedro vanidoso? Muy bajas y muy lejos. Serpenteando por debajo del suelo, huyendo de la sombra del palacio, rechazadas por la dureza de los cimientos, torciendo el camino, habían ido á los establos de las bestias, y de allí procedía la vida del cedro. ¿Quién asegura que el cocotero de que comían los criados no tenía á su vez las raíces en el jardín de los señores? Quien quiera conservar la ilusión del origen, no ahonde en la tierra ni en los cimientos de las casas.

SAND. Me consuela encontrarte resignada y fácil de contentar.

ASCEN. Por eso debes seguir sin callar nada.

SAND. Nada. Cuando yo nací, mi madre trabajaba con sus brazos en una hacienda.

ASCEN. ¿Y tu padre?

SAND. Trabajaría probablemente con ella.

ASCEN. (Con amargura.) ¡Probablemente!

SAND. Yo empecé á trabajar á los ocho años de edad.

ASCEN. Á los quince eras una mujer hecha y muy hermosa.

SAND. Hermosa me llamaba el capataz de la hacienda; yo no quise ni que me lo dijera, y él me cobró odio.

ASCEN. El odio más feroz; el del deseo burlado en corazón mezquino. Y por rendirte ó por vengarse te maltrataba.

SAND. ¡Cómo me ayuda tu cariño en este calvario! Estamos contando á medias mi historia.

ASCEN. Naturalmente, como que es de las dos.

SAND. Tuve el atrevimiento mayor de los tiranizados: el de quejarme de la tiranía. Conté al amo los malos tratos y la causa de ellos; miróme entonces con interés y me dijo: "haces bien en resistir á ese beduíno; eres demasiado hermosa para él." Comprendí que pudiera cambiar mi suerte, y pensando y pensando en ello tomé cariño al amo.

ASCEN. ¡Los expulsados de la humanidad agradecen tanto la caricia humana!

SAND. El capataz fué reprendido, y esto irritó su fiereza. Me golpeó hasta hacer saltar sangre de mi cara.

ASCEN. ¡Lo único que tenías!

SAND. "¡A trabajar, holgazana!"—dijo:—No puedo: estoy enferma. "¡Pues haber nacido señora!"—¿Sí?—contesté — pues tendré hijas de señores..... Al día siguiente el amo me llevó al servicio de su casa.

ASCEN. Y desde entonces mandabas en el capataz y hasta en el amo. ¡Todo tuyo, instinto, pasión, venganza, todo satisfecho! ¡Hiciste bien!

SAND. ¡Hija!....

ASCEN. Porque lo hiciste tú.

SAND. Llegó la hora en que el pecado se delató á sí mismo, y yo, por vergüenza ó por miedo, huí de la casa contigo en los brazos. Trabajé en otra parte muy lejos de allí.

ASCEN. Pero el trabajo de la mujer apenas da para una vida; menos para dos. Sufriste hambre.

SAND. La mía no me importaba. Pero tenía que dejarte sola, á la intemperie, á ti, tan hermosa, con hambre y desnudez.

ASCEN. Esa era la que te hacía tiritar á ti.

SAND. Me volví con tu padre, que me recibió con el amor de siempre. ¿Me perdonas?

ASCEN. ¿Desde cuándo el criador necesita el perdón de la criatura?

SAND. Fuiste á un colegio. Me acordaba de la servidumbre y quise criarte para señora. Tu padre murió antes que acabara tu educación. Lo poco que conservé iba íntegro para tu pensión del colegio, y tuve que trabajar para mí. Serví otra vez de criada. ¿Te avergüenzas? De criada para que tú las tuvieras en el colegio.

ASCEN. ¡Pues bendigo á Dios que me ha hecho hija de tal madre! (Se abraza á ella y la besa con efusión.)

SAND. Es la única bendición que apetezco del mundo. Ya lo sabes todo. Déjame ahora; la vergüenza no quiere compañía.

ASCEN. Pero el dolor la necesita. No me dejes.

SAND. Voy á prepararme para ver á los señores marqueses. Les debo explicar por qué has salido de su casa. (Se va por la izquierda.)

ESCENA VII

ASCENSIÓN. — Queda pensativa y profundamente triste. Después de una pausa, dice con amargura:

ASCEN. ¡Bendigo á Dios que me ha dado tal madre! Sí; legítima ó falsa mi vida, á ella se la debo: toda á ella. ¡Desdichada madre mía, y desdichada hija suya! La huérfana es infeliz porque su padre ha muerto: yo, la espúrea, soy más infeliz todavía: ¡mi padre no ha nacido! ¿Dónde está mi partida de nacimiento? En el aire; en ninguna parte; en dos relámpagos de pasión que se atrajeron, estallaron y se desvanecieron, dejando en el mundo una chispa de su fuego; ¡yo! Me consideraba muy baja con mi humildad, y aún he descendido más. (Transición.) ¡Mejor! Lo azaroso es andar entre dos aguas: allí el oleaje, allí la turbia. Pero horadando y horadando capas, hundiéndose y hundiéndose siempre, se sale á la tierra por el lado opuesto. ¡Y otra vez en libertad! Ya la tengo para osar á todo. Los pequeños contamos pocas raíces: apenas alcanzamos á saber quién fué nuestro bisabuelo. Para mí se han perdido hasta esas raicillas. No hay quien me sujete los pies si quiero correr, ni quien me contenga desde arriba si quiero caerme. ¿Manchas? ¿Qué apellido voy á manchar? ¿Cuentas? ¿A quién? Las daré por cariño, por deber no. Ni vengo de nadie ni soy nadie. Libre, libre, omnipotente con la omnipotencia del que no tiene juez fuera de sí. Quizá Dios lo es por eso: porque no tuvo antecesores. (Se oye el rodar de un coche: el ruido crece gra-

dualmente como si se fuera acercando según lo indica la frase.) ¡El coche! ¿Lo oigo fuera, ó suena dentro de mi corazón, engendro de sangre réproba y criadero de sangre pecadora? (Se acerca al balcón para escuchar.) Sí, sí; es la felicidad que viene. ¡Se acerca, se acerca, se acerca! Si pasa de largo por mi puerta ¿cuándo volverá á pasar? ¡Y qué hermoso sería vivir los dos solitos en ese cielo de los amores escondidos! Él me ama mucho. No me ha hecho su mujer porque mi pobre Jaime no tiene libertad para nada. Es un alma presa, asomada á la ventana de los ojos, por donde ve con ansia la vida sin poder salir á ella. Yo puedo salir. Pero ¿por dónde? Por la puerta, no: por el balcón. ¿Cómo? Como los que se arrojan desde lo alto, cayendo en mitad del arroyo, desgarrada ó revuelta la vestidura. ¡Qué importa! El suicida no cuenta con el pudor. ¿Y qué más debo pretender? Él lo sacrifica todo, yo nada: él baja, yo sigo. Nieta de salvajes desnudos, hija de extravíos, heredera de deshonras, sangre de azotados, engendro sin nombre ¿á nada puedes aspirar en la sociedad? ¡Pues á nada estás obligada con ella! ¿Nobleza obliga? ¡Pues villanía desobliga! Cébate en mí, germen impulsor de la vida. El laurel da laurel; la planta rastrera, flores rastreras; la nobleza, nobleza; la canalla, canalla. (Durante estas frases, y cuando lo crea oportuno, Ascensión habrá recogido de un mueble un velo, como para salir á la calle. En el momento de decir la última palabra, ya en camino de la puerta, pone los ojos en el cuadro que dejó Pedro cerca de ella. Suspende la frase: se fija en la pintura y dice con transición rápida): ¡Eh! ¿Qué representa eso? ¿Qué me dice? La mujer miró atrás y se convirtió en estatua..... (Como quien vuelve en sí arrepintiéndose de un mal pensa-

miento.) ¡Ay! ¡También á mí se me iba congelando la conciencia! (Como en un delirio y con vaguedad.) ¡No! ¡no! no quiero. Pasa, Jaime; pasa de largo. ¡No me mires! Si no, ¡quién me detendrá! (Como recordando y llamando.) ¡Ah! ¡Mi madre! ¡Madre! ¡Madre!

ESCENA VIII

ASCENSIÓN Y SANDALIA.

SAND. ¿Por qué me llamas?

ASCEN. (Sorprendida y como si respondiera á Jaime en una especie de extravío mental.) ¿Pero adónde me llevas?

SAND. ¿Adónde?

ASCEN. ¡Ah! Eres tú, madre mía. ¿Qué decías?

SAND. He dicho antes que iba á salir.

ASCEN. Casi eso mismo decía yo. (Sandalia echa á andar hacia la puerta; Ascensión queda parada junto al balcón mirando hacia afuera. Vuelve, detiene á Sandalia y le dice): Primeramente una pregunta: ¿Por qué no se casó contigo mi padre?

SAND. (Con amargura, pero con naturalidad.) ¿Cómo un señor poderoso podía igualarse con la hija de sus siervos?

ASCEN. ¿Y tú estabas muy enamorada?

SAND. Estaba enamorada.

ASCEN. ¿Y eso disculpa?

SAND. Tú misma me has disculpado. (Pausa. Ascensión queda pensativa como si obrara en su conciencia el ejemplo de su madre y la decidiera á deshonrarse. Luego se acerca mucho á Sandalia, como buscando amparo contra sus propias ideas.)

ASCEN. Vámonos; pero llévame muy cerca de ti.

SAND. ¿Qué tienes?

ASCEN. Miedo. Estréchame mucho, mucho, mucho!

SAND. ¡Te he defendido tantas veces apretándote en mis brazos cuando eras niña!....

ASCEN. ¡Pues como entonces! (Se echa en los brazos de su madre con miedo.) Me has contado alguna vez que en mis primeros años tuve una enfermedad grave.

SAND. Sí, muy grave.

ASCEN. Mortal, mortal. Vivíamos en un despoblado. El médico tardaba en llegar, y entre tanto la vida se me escapaba. Agitada y fatigosa, me revolvía en el lecho como queriendo huir de la muerte que se había acostado conmigo..... Tú, entonces, me abriste á besos los ojos, cerrados por la calentura, y me dijiste: "¡Alma mía, espera, que ya viene el médico; si llegamos al amanecer, nos salvamos; espera, agárrate á mí, defendámonos tú y yo de la muerte!". Y yo te contesté aterrada: "Defiéndeme tú, tú sola; yo no puedo, ¡soy muy pequeñita!" Pues ahora te digo: Defiéndeme tú, tú sola, yo no puedo: ¡estoy muy enamorada!

SAND. ¿Qué te ha propuesto ese hombre?

ASCEN. Que huya con él.

SAND. ¿Y se deja á la madre como la fiera á la fiera que la nutrió? No le verás más; no le amarás más.

ASCEN. Me prohibirás el alimento; ¿pero cómo me prohibirás el hambre? Me arrancarás los ojos que le vieron; no me quitarás el haberle visto.

ESCENA IX

Dichos.—JAIME POR EL FORO.

JAIME. ¡Ascensión! Al ver que está presente Sandalia, queda parado y confuso en la puerta. Ascensión se acerca á su madre, como amparándose de ella.)

SAND. Guárdate de él; es tu enemigo. Trae la tentación.

ASCEN. La mitad; la otra mitad está aquí dentro. (Por ella misma, y señalando á su pecho.)

SAND. (Apartándose, y como huyendo con Ascensión de Jaime.) Él, con sus padres; tú, con los tuyos.

ASCEN. No me los recuerdes, que entonces me iré con él; ¡mi padre fué el amor!

JAIME. No teman nada de mí. Vengo á rogarle, en nombre de mi familia, que vuelva á nuestra casa.

ASCEN. ¡No!

JAIME. ¿Por qué?

ASCEN. Por eso; porque es tu casa.

JAIME. Quedas en ella á tus anchas. Vivirás allí por los dos. Yo tenía preparado un largo viaje; lo haré solo. Adiós. (Cuando Jaime se va por el foro, entran los niños Ramiro y Fadrique.)

ESCENA X

ASCENSIÓN, SANDALIA, RAMIRO, FADRIQUE.

RAMI. (Mirando á Jaime que sale.) ¡Qué serio va!

FADRI. (Á Ascensión.) ¿No ha conseguido llevarte?

ASCEN. No lo ha conseguido.....

RAMI. Ya temíamos que él no te convencería. Por eso pedimos permiso para venir por ti. Anda, vente con nosotros.

ASCEN. Iré mañana.

RAMI. ¿Mañana? ¡Un día más de latinajos y de historias del gruñón del preceptor!

FADRI. Tus lecciones son más bonitas.

RAMI. Muy bonitas. Cosas de verdad, de lo que se ve.

FADRI. ¿Conque irás mañana? ¿Palabra de honor?

ASCEN. Palabra de cariño, que también tiene su honor. Cumple siempre lo que promete.

AND. ¿Vuelves allá?

SCEN. Por ellos. Estos no son los buitres viejos que bajan del torreón en busca de la carne. (Abrazando á los niños.) Son los pequeños, los nuestros, los cieguecitos sin culpa, que salen buscando la luz. ¡Á dársela, para que no hagan con nuestros hijos lo que sus padres con nosotros! ¡Á dársela, que ellos la difundirán luego en sus casas sombrías, como se difunde la vida, por el amor!

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Salón de honor del palacio de los Marqueses. Tanto la arquitectura como los muebles tienen carácter antiguo y señorial. Techo de bóveda ó de maderas labradas. El salón es muy grande y está colocado en sentido longitudinal respecto del espectador, de modo que aparece más largo que ancho. Las paredes cubiertas de tapices antiguos y con retratos de personajes de la familia del siglo XVIII para atrás. A derecha é izquierda y en el fondo altas puertas tapadas con tapices. A cada lado de cada puerta, y como haciendo centinela, hay armaduras montadas en sus maniquís. En los huecos de los balcones también armaduras, algunas de las cuales pueden ser ecuestres, de modo que resulten muchos arneses de guerra como nota saliente. Vargueños, panoplias, grandes sitiales ó sillones antiguos, arañas para aceite ó velas, y tapices extendidos sobre el pavimento de losas, completan el salón, formando un conjunto de aristocrática vetustez severo y sombrío. El acto empieza al caer la tarde.

ESCENA I

ASCENSIÓN.—RAMIRO.—FADRIQUE entrando por la izquierda.

ASCEN. Ahora vamos á apuntar lo que hemos visto.

RAM. No lo olvidamos aunque no lo apuntemos. ¡Es tan bonito! Y lo bonito se queda aquí. (Dándose un golpecito en la frente.)

ASCEN. ¿Y no les cansó la lección?

FADRI. ¡Si eso no es lección! Un paseo viendo las faenas del campo y los trabajos de la fábrica del pueblo.

ASCEN. ¡Vaya si es lección! La mejor: como que enseña á vivir.

FADRI. A trabajar.

ASCEN. Pues eso es vivir; porque quien no trabaja no vive.

FADRI. ¿Y por qué el abuelito dice que el trabajo es indigno de los caballeros?

ASCEN. Porque eso se decía cuando él era joven.

RAM. Y él se ha plantado..... en su juventud.

FADRI. ¡Pues vaya si es bueno y entretenido el trabajo!

RAM. Sobre todo el que hemos hecho nosotros: el de ver trabajar.

FADRI. Ahora sabemos cómo la semilla se hace espiga.

RAM. Y la espiga grano.

FADRI. Y el grano harina.

ASCEN. Y la harina pan.

FADRI. Y bizcocho. Conque ya sabemos que comemos hierba.

RAM. ¡Pues qué me dices de las fábricas! ¡Mira que hacer paño de la lana de los borregos! Con lo cual vamos vestidos de borregos. ¡Para que te des tono!

FADRI. No se lo contemos á la tía Condesa.

ASCEN. ¿Por qué?

RAM. Porque se va á morir de asco y de dignidad.

FADRI. Bien decía el padre capellán que conviene saber poco.

RAM. Por eso no enseñaba nada. Desde casa á la capilla, ¡que es tan obscura! Y dos horas de rezo. Desde la capilla á esta armería, ¡que es tan silenciosa! Y otras dos horas de paseo sin andar; lo que él llama paseo por la España heroica. Yo creo que la mitad eran embustes. Con perdón del padre.

ASCEN. Son verdades, pero verdades ya inútiles para la vida, porque la vida no es lo que pasó, sino lo

que está pasando. Hay que convencerse, hay que convencerse.

RAM. Si estoy convencido.

ASCEN. Lo digo para convencerme yo. Porque lo que pasó pertenece á los muertos y á los viejos.

FADRI. Y yo no quiero ser viejo antes de tiempo.

RAM. Y yo quiero estar entre los vivos. Somos niños, ¡y será tan triste morir sin haber vivido!

FADRI. ¡Y será tan hermoso ser joven como usted!

RAM. Un beso, señorita Ascensión.

(Los dos niños se abrazan al cuello de Ascensión y la acarician. Ascensión, después de haberles besado, dice:)

ASCEN. ¡Orden, señores discípulos!

RAM. Eso no. Así nos llamaba el preceptor. Dis...ci... pu...los: suena á dis...ci...pli...nas. Sólo de oirlo duelen las costillas.

ASCEN. Qué, ¿les pegaba?

FADRI. No le faltaba el deseo alguna vez.

RAM. Pero le faltaba el valor. Porque sabía lo que el abuelito nos tiene mandado: Al que os pegue siquiera un capirotazo, pegadle un tiro.

ASCEN. ¡Siempre la fuerza bruta!.... ¿Y no consideran que vendrá otro más fuerte y les pegará á ustedes?

FADRI. Como aquel jardinerito.

ASCEN. ¡Tiros!; costumbre primitiva; la boca del cañón moderno es la boca del tintero.

RAM. Bueno; pues le pegaremos un tinterazo.

ASCEN. ¿Así atienden á mis observaciones? Más respeto, señores discípulos.

FADRI. ¿Otra vez dis...cí...pulos?

ASCEN. Es que yo también uso mis disciplinas para el orden. Sólo que no hacen sangre: quitan besos.

FADRI. Eso duele más.

ASCEN. Cuando se ama, sí; y yo quiero mejor ser amada que ser temida.

RAM. Y saldrá usted ganando; porque ¿sabe lo que nos pasaba con el preceptor? Que le temíamos mientras estaba presente: pero en cuanto volvía las espaldas, esto. (Hace el ademán burlesco de ponerse el dedo pulgar sobre la nariz y mover la mano abierta, riéndose á la vez.) Y otra vez revolucionados. Con usted pasa lo contrario: cuando no la vemos, parece que la queremos más.

ASCEN. El temor se desvanece y el cariño se crece con la distancia. ¡Hijos míos! (Con efusión.)

RAM. (Con extrañeza.) ¿Hijos?

ASCEN. ¿No les suena mejor que discípulos?

RAM. (Con tristeza y ternura.) Nos recuerda que murió la que nos llamaba así; nuestra madre.

ASCEN. No todos los hijos son de las entrañas. Ustedes lo son de mi cerebro. Seré la madrecita nueva.

FADRI. Eso, sí, sí. (Con alegría.) Otro beso, madrecita nueva.

ASCEN. Con una condición: la de que harán lo que yo les mande.

FADRI. ¡Ah! ¿por fuerza?

ASCEN. Por la fuerza de los besos. (Les besa.)

RAM. ¡Vaya si tienen fuerza!

FADRI. Da mucho gusto obedecer así.

RAM. Si los preceptores tuvieran la cara de las institutrices.....

ASCEN. No es la cara; es el modo. Se gobierna como se quiere, siempre que se deje á salvo la dignidad del hombrecillo.

ESCENA II

Dichos.—Un CRIADO que entra por el foro.

CRIADO. El Sr. Vizconde pregunta si han vuelto los señoritos para saludarlos.

RAM. ¿Tío Jaime?

CRI. Sí.

ASCEN. (Con sorpresa.) Estará usted equivocado. El Sr. Vizconde está en Francia.

CRI. Ha llegado esta tarde mientras ustedes paseaban.

FADRI. Vamos á su encuentro antes que él venga. (Se van con el criado por el foro.)

ASCEN. Error de ese criado, ó error mío, si he tomado por caballero á un secuestrador que vuelve por mí en cuanto me tiene prisionera en su casa.

ESCENA III

ASCENSIÓN.—JAIME que entra por la puerta de la derecha.

ASCEN. ¿Qué te trae aquí?

JAIME. Lo que me lleva á todas partes, al bien ó al mal: lo que me persigue siempre, despierto ó soñando: mi amor, mi amor más fuerte que mi voluntad.

ASCEN. Y que tu palabra de honor: me prometiste no volver.

JAIME. Palabra contra el deseo, palabra perdida. Honor contra pasión, honor muerto.

ASCEN. ¡Mentiste!

JAIME. Mi promesa fué sincera. He viajado ochenta días.

¡Ochenta noches de insomnio seguido! He viajado sin saber con quién, ni por dónde: porque no hay mundo, ni gente, ni vida, sin ti. Quiero vivir y vuelvo donde respiro: á tu lado.

ASCEN. Para insultarme otra vez con tu persecución.

JAIME. Olvida aquello. Más que á ti me mortifica á mí ese recuerdo: no me castigues con él. Te quiero tanto, que te busqué por todos los caminos.

ASCEN. Por encrucijadas de bandido.

JAIME. Para llegar más pronto. Hoy, dueño ya de mi persona, vengo á decirte: Ascensión, ¿quieres casarte conmigo?

ASCEN. Los viajes enseñan mucho, y traes aprendido otro sistema para seducir. Antes proponías brutalmente la fuga; ahora propones el matrimonio. Pues óyelo; rehuso.

JAIME. Ascensión: ó no me crees, y te adelantas al engaño, ó no me has querido.

ASCEN. Te quería.

JAIME. ¿Me querías? ¡Me quieres!

ASCEN. Bien; hable la verdad: te quiero tanto, que oyéndote no me duele tu agravio: me duele el corazón. Fueras el pordiosero de la esquina, y me dolerían igualmente tus malas intenciones.

JAIME. ¿Me creerás cuando lo diga, no á ti á solas y casi á obscuras, sino cara á cara á mi padre?

ASCEN. No se lo digas.

JAIME. En el acto.

ASCEN. Pues en el acto oirás otra vez lo que has oído: no y no.

JAIME. Sí y sí.

ASCEN. La mujer que has solicitado para amante, no va ya dignificada para esposa.

JAIME. En eso soy único juez, y conozco tu fortaleza. Ella

es una virtud en ti, y en mí, te lo diré sin disimulo, un incentivo que ha acrecentado más mi pasión.

ASCEN. Ese, ese es el secreto tuyo para perseguirme; mío para huirte. La pasión alocada que un día menosprecia y otro diviniza, no es amor duradero; es obstinación de niño mimado, cuando no sea menos: sed de la fiebre, que necesita satisfacerse por buenas ó por malas, pidiendo de limosna ó robando con perfidia: una vez hartada, arrojará el vaso, llámese copa de la orgía ó cáliz del altar.

JAIME. ¡Ascensión!

ASCEN. ¡Capricho, capricho! Pasará el capricho y quedará el matrimonio. Si no te amara, todo iría bien: pero no quiero prepararme el suplicio de seguir enamorada siempre de quien se parará en la mitad del camino. Y ¡ay de mí el día del cansancio! Verías sólo á la forastera en tu noble hogar, á quien quizá tu mismo acusarías de ambición. Como á ti la grandeza, me estorba á mí la inferioridad. Siento sinceramente mi pequeñez para ser tu compañera.

AIME. ¿También miras atrás? Pues yo no. Vengan para ambos las aguas vivas, las que nacen ahora, y limpien á las que van corrompidas por el fango y la broza de su cauce larguisimo.

.SCEN. Buscas ahora las aguas vivas, porque me encuentras en ellas. Cuando te desilusiones, tus pensamientos se volverán otra vez á la fuente cerrada de donde vienes.

AIME. ¡Cuán injusta eres conmigo!

.SCEN. Continuemos cada uno en su lugar: tú en la cima, yo en la hondonada; pero con los ojos arriba, adorando á un Dios á quien no llego. ¡Qué bien me iba con mi amor guardado en el pecho como en

jaula chiquitita! Allí volaba poco, pero como yo lo quería. Se escapó al viento, tocó la tierra, se quebró las alas; ni puede remontarse, ni regresar al nido. (Pausa. Se seca los ojos.) ¡Ea! Acabó todo. Acuérdate siempre con gratitud de esta infeliz que parodia aquel lema nobiliario: "manceba, no quiero; esposa, no puedo; enamorada me quedo." Me voy con mi madre.

JAIME. ¿Cuando yo vuelvo?

ASCEN. Por eso. Volví cuando te fuiste. (Con ironía amarga.) Sin duda nuestros cariños son tan grandes que no caben juntos en ninguna parte. Ni en mi casa, ni en la tuya, ni en la iglesia, ni en la calle.

JAIME. Hablaremos después. Espérame en tu cuarto.

ASCEN. Está al fin de esa galería. (Indicando á la izquierda.) (Con dignidad.) Te lo señalo para que sepas cuál es el único cuarto donde no puedes entrar. (Se va por la izquierda.)

ESCENA IV

JAIME.—GENERAL.—CONDESA: éstos por la derecha.

JAIME. Padre, ante todo pido á usted perdón, de rodillas si es necesario.

GENER. ¿Perdón? ¿Por qué?

JAIME. Porque le he engañado.

GENER. Me ofendes como hijo, te ofendes como hombre de honor, el cual, si para otros es una virtud, para nosotros es un deber.

COND. Y un Dios implacable que condena á quien no le venera.

GENER. Es la palabra cumplida aun á costa del provecho, la verdad guardada aun á costa de la vida.

JAIME. Por eso pido perdón y me enmiendo. Hoy digo la verdad. No puedo casarme con mi prima. No nos amamos.

GENER. Declarasteis que estábais de acuerdo.

JAIME. Señor, la pasión es sacrílega; suele engañar á sus santos: á las mujeres, para conseguirlas; á los padres, para aplacarlos.

GENER. (Con ira.) ¿Pero cómo te estoy oyendo?

JAIME. Guarde esa ira y la que vendrá para descargarlas juntas, porque hay todavía más que perdonar. Amo á otra mujer, á Ascensión.

COND. (Con enojo.) ¿A la institutriz americana?

GENER. (Con dignidad.) Es una aventura poco honesta, de la que no debías enterarme. La amarás como á las mujeres que pasan.

JAIME. La amo como á las mujeres que quedan en nuestro hogar: para casarme con ella.

GENER. No nos entendemos. O tú has perdido la cabeza, ó yo el oído.

JAIME. No sé vivir sin mi Ascensión, lo juro por mi honor.

GENER. Me explico tu actitud respecto de tu prima. La lealtad te obliga á no jurar ante la Iglesia que amas á una mujer á quien no amas. Pero esa misma lealtad te impide jurar que amas á quien no puedes llevar á la Iglesia. ¿Has mirado quién es esa niña? ¿Sabes que quizá desciende de negros?

JAIME. ¿Y qué? Toda su raza se ha blanqueado en su alma.

GENER. Dime si tus hijos no se avergonzarían de su ascendencia.

JAIME. ¡Siempre la ascendencia! ¡Siempre los muertos estorbando á los vivos! Van llenando la tierra y no nos dejan espacio en que movernos.

GENER. No te quejes de ellos: les debes tus coronas nobiliarias.

JAIME. Pues el corazón se me ha subido á la cabeza y hace saltar las coronas.

GENER. ¿Desde cuándo piensas así?

JAIME. Desde que sentí su mano en las mías, comunicando á mi sangre el fuego de la suya. Y el fuego arruga y encoge los pergaminos.

GENER. Pues contra locura, fuerza. Te niego mi consentimiento.

JAIME. Lo sabía antes de solicitarlo.

GENER. Pues entonces ¿por qué lo solicitas?

JAIME. Por homenaje de respeto filial. Le he venerado, de niño, de hombre, ¡qué hombre, si siempre he sido niño para usted! No me obligue á desobedecerle por primera vez.

GENER. ¡Insolente, y más que insolente desagradecido! No te casarás con quien te deshonra.

JAIME. Padre, mañana seré mayor de edad. Por eso he vuelto hoy.

GENER. Para sublevarte contra mí.

JAIME. No me sublevo: me gobierno. Cumplido este deber de mi cariño, demandaré judicialmente el consentimiento.

GENER. Y yo contestaré cruzándote la cara.

JAIME. Y yo besaré la mano que me la cruza. Y luego mostraré la cara azotada á mi amor diciéndole: "¡Mira, mira lo que me cuestas: pon aquí tus besos para curarme! (Se va por la derecha.)

ESCENA V

GENERAL.—CONDESA.

GENER. Estamos á tiempo de cortar estos devaneos. (Toca una campanilla de mano que habrá sobre una mesa.)

COND. La juventud no tiene ya respeto á nadie. También Isabel me habló ayer en términos que me alarman.

GENER. ¿Desobediencias? ¿Rebeldías? ¡Pues autoridad y fuerza! (Entra un criado, el General le dice): Di á la institutriz que la espero aquí. (El criado se va por la izquierda.)

COND. Ponla en la calle: y no te alteres, oigas lo que oigas. Ten calma.

GENER. La que ella tenga conmigo.

COND. Siempre consideré arriesgado que esa señorita volviera á la casa. Hemos abierto la puerta al ladrón.

GENER. No había riesgo estando ausente Jaime. Y ademas, mis nietos y tu misma hija se empeñaron en llamarla para aprender inglés.

COND. ¡Inglés! El que sabíamos en nuestros tiempos. Latín y rezos, y para eso bastaba cualquier capellán. A fe que tu hijo no se hubiera enamorado del antiguo preceptor.

ESCENA VI

GENERAL.—CONDESA.—ASCENSIÓN.

GENER. Señorita, siento dar á usted un pesar. He resuelto suprimir los servicios de usted en esta casa.

ASCEN. Cada uno hace en la suya lo que le conviene. No

me quejo por ello. Pero encima del pesar me llevo un remordimiento. ¿No habré quizá acertado en el cumplimiento de mis obligaciones?

GENER. No tenemos queja por eso.

ASCEN. Pues basta: así me voy tranquila y agradecida á las consideraciones pasadas, que mantendrán mi respetuosa amistad para todos.

COND. Amistad.....

ASCEN. He dicho respetuosa. Conozco nuestra posición respectiva.

GENER. Muy bien; pero sería conveniente que no volviera usted por acá.

ASCEN. Esta prohibición me dice que la cortesía oculta algo más que la supresión de mis servicios, y en tal caso solicito..... una aclaración.....

(Ademán de enojo en el General.)

No porque se me deba—ya digo que cada uno es dueño de su casa—sino para excusarme si he faltado.

GENER. Vea cómo no es muy respetuosa su amistad.

ASCEN. Al contrario: esto no es pedir explicaciones, es pedir camino para darlas. Vea si cabe mayor humildad.

COND. Bien disfrazada va la soberbia. Señorita, tiene usted demasiado ingenio para enseñar á hijos de familia.

GENER. Y el ingenio excesivo es peligroso cuando se pone al servicio de las ambiciones.

ASCEN. (Indignada.) ¿Ambición, Sr. Marqués?

GENER. No nos obligue usted á explicaciones enojosas.

ASCEN. Si pudiera, le obligaría. Hago lo que puedo, pretenderlas.

COND. Se ve que cuenta con protectores en la casa. Ya desapareció la humildad.

ASCEN. Porque me provocan á la soberbia. Me alejaba con dolor; el dolor puede sobrellevarse, no mancha; pero no saldré de aquí con la injuria.

GENER. Basta, basta. La conversación toma senda escabrosa y no puedo seguirla.

ASCEN. Hablaré yo, porque veo la causa de todo. Jaime...

GENER. (Interrumpiendo con rapidez.) El Sr. Vizconde se llama

ASCEN. Le llamo como le llama mi corazón.

GENER. El corazón suele confundir las clases.

ASCEN. Y como él quiere que yo le llame. ¿No es dueño ni de su nombre? Jaime quiere desposarme.

GENER. Le he negado mi consentimiento.

ASCEN. Antes le negué yo el mío.

GENER. No es creíble, puesto que él ha insistido.

ASCEN. Digo la verdad. No sé mentir ni lo necesito: aprenderé cuando sepa pecar.

GENER. ¿Y no es acción pecaminosa la de introducirse en hogar respetable á caza de sus grandezas?

ASCEN. Sr. Marqués, ¡qué injusticia para los suyos! ¿Sólo se les puede amar por sus grandezas? Considere que soy una mujer y estoy sola.

GENER. Hasta la caballerosidad tiene límites. (Llama con campanilla.) Se entenderá usted con el mayordomo

ASCEN. Me iré, señor, me iré sin la nueva injuria de que me despidan los criados. No habrá escándalo. Más vale recluirlo aquí que echarlo á volar por esas antesalas.

(Aparece un criado por la derecha.)

GENER. (Al criado.) Dí al mayordomo que arregle las cuentas con esta señorita: sale de la casa. (Se van todos por la derecha, menos Ascensión.)

ESCENA VII

ASCENSIÓN.

(En cuanto se encuentra sola se reclina sobre un mueble y rompe á llorar con gran desconsuelo. Va reponiéndose gradualmente, y empieza á decir): Ya se me cayó la soberbia. Y siento que va cayéndose hasta la dignidad. ¡Despedida, arrojada como un perro de la calle! Y soy tan vil, que me aflige, más que la vergüenza, el dolor por lo que pierdo. Pero si yo no quiero amarle, ¿por qué se me agarra á la voluntad y no la suelta? ¡Silencio, silencio! Enterremos lo que no puede vivir. Enterrado para siempre este amor. (Pausa breve.) ¡Qué espanto, estoy enterrando á un vivo! á un vivo que me habla, que me mira, que se remueve, que se me queja de mi crueldad. Yo misma (Con gran ternura.) voy á alzarlo con mis brazos, á quitarle con mis besos la tierra de los ojos para que me perdone lo que le he maltratado. ¿Soy una ambiciosa? ¡Pues séalo! ¿Afuera la corruptora? ¡Pues afuera! Pero llevándome entre las manos escarnecidas el mejor pedazo de la casa y del corazón de estos vanidosos. No me llamarán nunca su hija. Pero sus nietos me llamarán su madre. Y eso llena más todavía. ¡Jaime, Jaime mío! (Echa á andar como para dirigirse en busca de Jaime, y tropieza con una armadura. La toca, y retrocede.) ¡Qué frías, qué rígidas! Son centinelas que me dicen: ¡atrás, intrusa, atrás, atrás! (Como hablando con las armaduras.) Me llama vuestro señor, vuestro hijo. (Como si le contestaran las armaduras.) A ti te llaman la calle, el burdel, la ignominia;

¡atrás, atrás! (Pausa breve. Da algunos pasos, tropieza en otro trofeo, y se para.) Siento miedo. ¡Cómo asusta la magnitud á quien se crió en chiribitiles estrechos donde todo está al alcance de la mano! Aquí ando, ando, y no alcanzo á nada. Esos retratos me vigilan, hoscos y altivos, como á ladrona nocturna. No me dejan. (Dando vueltas por el salón, como huyendo de los retratos.) Sus pupilas dan vueltas conmigo y se derraman á la redonda para perseguirme por todas partes. No me acuséis, vosotros los que estáis en esta región de lo inmóvil. Cuando vivos, también tendríais vuestras pasiones, vuestros pecados; también descenderíais de vuestro cielo para sentir los calores de la tierra y los estremecimientos de la sangre joven. No me acuséis, no salgáis al paso á los corazones nuevos.

(En este momento aparece ISABEL por la puerta del foro; sale apartando un tapiz, y se detiene en el umbral cautelosamente y mirando á la escena, como para ver si hay gente en el salón. Su figura, parada, parece efectivamente un retrato al que forma marco el de la misma puerta y presta fondo el tapiz.)

ESCENA VIII

ASCENSIÓN. — ISABEL.

EN. (Asustada y sobrecogida por terror supersticioso, creyéndose efectivamente en presencia de una aparición sobrenatural.) ¡Ah! ¿Quién anda ahí?

BEL (Avanzando.) No anda, huye una desventurada.

EN. (Tranquilizándose al conocer la voz.) ¡Señorita Isabel!

BEL Menos reverencia; no la merezco ya; merezco lástima. Tengo que confesar una culpa para se-

amparada. Le había citado secretamente para esta noche.

ASCEN. ¿A Pedro? ¿Y para qué secretamente?

ISABEL ¡Qué se yo! Acaso para huir con él. No me echo en sus brazos, me echan.

ASCEN. Es tiempo de arrepentirse.

ISABEL Pero no de evitar el escándalo. Le han visto entrar por una ventana baja donde yo le esperaba, y se ha alborotado la casa.

ASCEN. ¿Está en ella?

ISABEL Pienso que sí. Acaso no me han conocido; esas salas están muy obscuras. Pero nos han perseguido. Sálveme usted en su cuarto.

ASCEN. Es decir, deshónrese usted por mí. Porque cuando la hayan visto dirigirse hacia mi cuarto, todos creerán, naturalmente, que yo soy la comprometida.

ISABEL Si no, haré un desatino. Quizá la muerte duerma aquí esta noche. O huiré de la casa.

ASCEN. Ni el suicidio para el cuerpo, ni el suicidio para el alma. También yo sufrí esa tentación. Supe salvarme. La salvaré. ¿Qué tengo que perder? Un puñado más de lodo en mi puerta es imperceptible entre tantas manchas.

ISABEL No he encontrado otra huída que esta. Misericordia para quien es tan desdichada como usted.

ASCEN. Sí; ambas amamos á quienes no debiéramos de amar. Válgale esa fraternidad del dolor, que enseña á ser misericordiosos. Pase á mi cuarto, y cierre por dentro la puerta que da á la escalera. (Isabel se dirige á la puerta con gran cautela y de puntillas, deslizándose como una sombra.) Hoy van á él todas las sombras. (Cuando Isabel haya desaparecido por la izquierda, Ascensión, que la ha seguido con la vista, dice:) ¡Así, así, de puntillas, escurriéndose, y con los ojos en el suelo!

ESCENA IX

ASCENSIÓN

Después de un momento de contemplación lanza una risa sarcástica y dice señalando á la puerta izquierda):

¡Ahí están los orgullos, lo viejo, lo venerado, la historia! Todo á mi merced, todo metido en este puño; (Por el de su mano, que tiene cerrada.) ¡en este puño, despreciado porque trabaja! (Volviéndose á las armaduras y los retratos, y como hablando con ellos.) Acusadme, y lo abro y todo eso cae por la ventana á los vientos de la plazuela y los mordiscos de la difamación. (Mirando á los retratos.) ¿Conque ocultábais hipocresías debajo de esos devocionarios, pecados debajo de esas cruces y fragilidades debajo de esos coseletes de acero? Lo puro, lo limpio, ¡qué limpio y qué puro cuando pintado! En cuanto se ha hecho carne, se ha hecho trizas; en cuanto ha vivido, ha pecado. (Moviéndose desembarazadamente.) Ya no me parece tan grande este salón, ni tan altos sus techos: (Irguiéndose con valentía.) estamos más iguales. Me habéis desacobardado. ¿Veis? (Tocando un casco.) Esto hueco: de un capirotazo puedo hacerle morder el polvo con su boca de hierro. (Tocando un retrato.) ¿Veis? Vuestros ojos amenazadores son cascarilla pintada. Si los raspara, se reducirían á un jirón de lienzo más burdo que el que mi madre echó en mi cuna. Todo apariencia de fuerza, fuerza parada, inútil. Toda esta osamenta de metal (Sacudiendo una armadura que resuena.) cruje y tiembla ante el desatado huracán de la vida. (Se acerca á la puerta derecha,

donde se oye la voz del general.) ¿Se acercan buscando ignominias? Si las quieren, las encontrarán. (A los retratos y armas): Señores de las tinieblas, mandad á vuestros hijos que no me hostiguen. (Con tono solemne): ¡Bendición para todos los amores, que todos vienen de Dios! ¡Perdón para todas las culpas, que todos lo necesitamos! Y á defender á mi protegida: no, á defender mis rehenes de guerra. (Se coloca delante de la puerta izquierda, cerrándola.)

ESCENA X

ASCENSIÓN.—JAIME.—El GENERAL.—La CONDESA.—Los tres entran juntos por la derecha; ASCENSIÓN permanece inmóvil delante de la puerta izquierda.

GENER. No se ha ido todavía.

COND. Naturalmente. Tenía citado aquí á su amante. Por eso aquella humildad.

JAIME. (En voz baja y concentrada, y así continuarán hasta que se indique otra cosa.) Padre, bajemos la voz para levantar la verdad.

GENER. Pues que se justifique.

JAIME. Me toca á mí exigirlo.

ASCEN. Al fin la viborilla de la sospecha se escurrió detrás de mí.

JAIME. Por el rastro que dejaste al huir, tú sabrás de quién. Comprendo ya por qué has rehusado hoy lo que deseabas antes.

ASCEN. No me he movido de este salón.

JAIME. ¿Sabes que ha sido sorprendido un hombre dentro de la casa?

ASCEN. Sí.

JAIME. ¿Con una mujer?

ASCEN. Sí.

GENER. Pues si no se ha movido ni nadie ha entrado, ¿por dónde sabe todo?

COND. Naturalmente, como que es ella misma la culpable.....

ASCEN. No.

JAIME. El monosílabo de los criminales sin defensa. Negarlo todo es confesar lo bastante.

GENER. Y mientras sacrificabas hasta el respeto filial.....

COND. Ella concedía á otro favores clandestinos.

JAIME. ¡Que me ha negado á mí!

ASCEN. Pues esa es mi defensa. ¡Estúpidos celos! Creen que se concede al primer transeunte lo que se niega al amor. Todos ustedes han razonado muy bien. Tengo que ser la culpable; ¡pues no lo soy! Y nadie lo creerá, porque para la soberbia humana la verdad no es verdad si no aparece como la imaginamos.

JAIME. Dime siquiera quién te ha informado del suceso. Se le llama, se le pregunta, y error deshecho. Puedes ser tú, pero también puede ser otra la mujer comprometida. Ya ves que quiero creerte.

COND. En esta casa no hay más que una mujer capaz de tal extravío.

ASCEN. Efectivamente, no hay más que una.

JAIME. Vamos, habla, habla.

COND. Pero sin mentir.

GENER. Ni deshonrar á nadie.

ASCEN. Por eso no hablo, por no mentir ó deshonrar.

JAIME. Ascensión: estás jugando con el peligro; me enloqueces, y no respondo de mí.

ASCEN. Bajen la voz, pueden oirnos.

GENER. Oirnos, ¿quién? ¿El escondido?

ASCEN. Jaime, diles que soy honrada. (Jaime calla. Pausa breve. Ascensión repite con energía): Diles que soy honrada.

JAIME. Conmigo lo fuiste.

ASCEN. Respétenme, respétenme. Estamos en mala hora y en mal sitio para romper respetos. Diles que soy honrada.

JAIME. (Con desesperación.) Si es que ya no lo sé.

ASCEN. (Con dolorosa decisión.) Pues llamaré á quien lo diga.

COND. ¡Al fin confesó!

ASCEN. ¡Bien, sí, confesé! Y puesto que ya lo saben, ¡basta; déjenme!

JAIME. ¡Y puerta franca para salvar á ese hombre! (Avanzando hacia el cuarto izquierda.) Voy á sacarlo yo.

ASCEN. ¡Quietos! que no quiero hacerles daño.

JAIME. Abre esa puerta. (Pausa breve. Signo negativo en Ascensión.) ¿Vacilas?

ASCEN. No, me niego sin vacilar. (Jaime, arrebatado de los celos y la ira, va á lanzarse amenazadoramente contra Ascensión, que cubre con su cuerpo la entrada de su cuarto.)

JAIME. Desdichada, ¡vete, vete!

GENER. La arrojarán los criados. (Llama con la campanilla.) No merecen más estas señoritas. Y le doy este nombre por demasiada cortesía.

ASCEN. Señorita que vive más honrada que ustedes, caballero. Y quizá no debo darle ese nombre ni por cortesía.

COND. Los escándalos para su casa; allí vienen de casta.

ASCEN. (Desenfrenada y terrible.) ¡Ah! ¿Conque de casta? ¿De casta? Pues córranse á la de ustedes, caigan sobre quien caigan. ¡Qué me importa destrozar vuestro corazón y vuestra honra! Necesito sus jirones para cubrir la mía. ¿Que llevo sangre espúrea, sangre vil? ¡La de mi madre, que me dió la que tenía! ¡Que llevo sangre vengativa, salvaje,

caribe! Iba apagándose: me la habéis encendido otra vez, y salta en llamaradas asoladoras. (Abre violentamente la puerta de la izquierda, y con ademán brusco y voz resuelta indica á Jaime que éntre, diciéndole): ¡Entra! (Van á dirigirse á la puerta. Ascensión muda rapidísimamente de pensamiento y los detiene, diciendo con arranque noble): ¡Qué voy á hacer! No; me llaman villana y yo iba á demostrar que lo soy. ¡Que me lo demuestren ellos!

JAIME. (Con furia.) Abre esa puerta.

ASCEN. (Con decisión.) ¡No! (Poniéndose ante la puerta.)

JAIME. Sí.

ASCEN. Sólo por la fuerza.

JAIME. Pues por la fuerza.

(Atropella á Ascensión apartándola, y se va por la izquierda. Momentos de expectación en escena. En este instante entran por la derecha dos criados.)

ESCENA XI

DICHOS: Dos CRIADOS por la derecha.—Después JAIME.

GENER. (Al criado con enojo.) ¿Estáis sordos? ¿Por qué has tardado?

CRI. (Azorado.) Porque hemos visto huir á una mujer y un hombre y nos volvimos para detenerlos.

GENER. ¿Los habéis detenido?

CRI. Imposible: tenían cerca un coche y van en él como alma que lleva el diablo. (Se van los criados á una señal del General.)

JAIME. (Saliendo de la izquierda.) La persona que estaba ahí se ha fugado; el postigo de la galería está abierto.

ASCEN. Yo, ¡yo! he sabido guardarla mejor que ella se ha guardado. Era Isabel.

COND. ¡Qué vergüenza!

ASCEN. Amó la vida, la vió abajo, y tuvo que bajar para buscarla.

JAIME. Yo la tengo aquí abrazada, y la subo á mí. Ascensión, ¡arriba! ven á humanar mi raza de piedra.

ASCEN. ¡Ahora sí!

GENER. (Con tristeza): ¡Nos igualó la desgracia!

ASCEN. ¡Nos igualó el amor!

GENER. (Con indignación amarga): ¡Nuestra historia en el arroyo!

ASCEN. Se la lleva la corriente, que nunca vuelve atrás. Lo pasado nos petrifica. O todos enterramos para siempre á nuestros muertos, ó ellos entierran á nuestros vivos. ¡Escojamos!

Telón

FIN DEL DRAMA